Voltaire

HOMILÍAS

Prólogo de Francisco Rebolledo

Clásicos de la resistencia civil

La colección *Clásicos de la resistencia civil* expone el pensamiento de grandes personajes del mundo en pro de la no-violencia, la autogestión social y el respeto de los derechos humanos y ciudadanos, prologados por especialistas reconocidos en cada autor.

EJEMPLAR GRATUITO

Clásicos de la resistencia civil

Homilías

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Dr. Alejandro Vera Jiménez
Rector

Dr. José Antonio Gómez Espinosa
Secretario General

Javier Sicilia
Secretario de Extensión

Francisco Rebolledo
Director de Difusión Cultural

VOLTAIRE

Homilías

Prólogo de Francisco Rebolledo

Universidad Autónoma del
Estado de Morelos

Voltaire, 1694-1778

Homilías / Voltaire ; prólogo de Francisco Rebolledo. - -
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014.
84 p. – (Clásicos de la resistencia civil; 7)

ISBN 978-607-8332-45-8 Colección
ISBN 978-607-8332-77-9 Obra

1. Filosofía 2. Religión – Filosofía

LCC B2172 DC 194

HOMILÍAS
de Voltaire

De la colección
Clásicos de la resistencia civil

D.R. © 2014, Prólogo de Francisco Rebolledo

D.R. © 2014, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, Col. Chamilpa
Cuernavaca, Morelos, 62210, México

Colección dirigida por Francisco Rebolledo
Dirección de Difusión Cultural
Secretaría de Extensión de la UAEM

Cuidado editorial: Roberto Abad
Diseño: Araceli Vázquez Mancilla

ISBN: 978-607-8332-45-8 Colección *Clásicos de la resistencia civil*
ISBN: 978-607-8332-77-9

Reservados los derechos de impresión/Impreso en México

Contenido

Prólogo 11

Homilías

PRIMERA HOMILÍA Del ateísmo 37

SEGUNDA HOMILÍA De la superstición 54

TERCERA HOMILÍA De la interpretación del Antiguo Testamento 65

CUARTA HOMILÍA De la interpretación del Nuevo Testamento 77

Prólogo

Voltaire, el más ilustre de los ilustrados

Se ha dicho con frecuencia que el siglo XX ha sido un siglo corto. Que empezó con catorce años de retraso, cuando el estudiante bosnio Princip acabó con la vida del archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa, y que culminó en 1991 con el derrumbe del muro de Berlín.

Algo similar ocurrió con el siglo XVIII: también comenzó retrasado, en 1715, cuando muere el Rey Sol, Luis XIV, con lo que concluye un largo periodo de predominio indiscutible del absolutismo real en la Europa continental. Asimismo, terminó antes. Quizá la fecha más representativa del fin de este siglo sea el 21 de enero de 1793, cuando la cabeza del tataranieto del Rey Sol, Luis XVI, cae como terrible ofrenda a los pies de la estatua de la Libertad en el corazón del París revolucionario, la actual Plaza de la Concordia.

Aún es posible extender esta analogía. Hay muchas otras similitudes entre estas dos épocas: ambas fueron de cambios y de contrastes, de forcejeos y reacomodos entre dos concepciones opuestas del orden social (el socialismo y el capitalismo ahora, el absolutismo y el liberalismo antes), de impresionantes avances en los campos de la ciencia, las artes y las ideas, y de terribles guerras (aunque esto último, por desgracia, no es distintivo de estos siglos).

No obstante, existe una diferencia fundamental. Mientras nuestro siglo nació con una formidable revolución social, el siglo XVIII, por el contrario, culminó con otra formidable revolución social.

Precisamente en 1715, cuando se realizaron las imponentes pompas fúnebres del gran rey del siglo XVIII, y subía al trono

de Francia su biznieto (un niño de cinco años, que no podría gobernar hasta alcanzar el estado adulto), François-Marie Arouet –el futuro Voltaire– cumplía 21 años. Voltaire, pues, empieza cuando en Francia se daban una serie de cambios que culminarían con la gran Revolución de 1789. Fue testigo privilegiado, y en muchos casos actor, de la efervescencia de las ideas que llevarían a la revolución armada y que –siguiendo a sus gestores– llamamos la Ilustración. Voltaire es, sin duda, el más ilustre de los ilustrados y el más acabado símbolo de esta bulliciosa época que él supo vivir con toda intensidad.

Pocos, muy pocos personajes históricos encarnan tan cabalmente la época en que vivieron como Voltaire. ¿Quién sería, por ejemplo, el personaje que encarne al siglo XX? Hay varios, seguramente, pero no creo que haya uno solo que lo represente tan clara, tan indiscutiblemente como Voltaire representó al suyo.

Voltaire nace en París el 21 de noviembre de 1694, hijo de un notario bastante acaudalado y de una mujer de origen noble. Poco se sabe de sus primeros años de vida, que debieron haber transcurrido en el seno de una familia burguesa, acomodada, seguramente muy conservadora y hasta mojigata en sus costumbres, pues es conocida la simpatía que el licenciado Arouet, padre de Voltaire, sentía por los jansenistas. Es muy probable que este entorno fanático y puritano que vivió en su infancia influyera notablemente en el desprecio y aun aversión que Voltaire sintió por esta secta desde muy joven, aversión que pronto se extendería, como veremos, a toda forma de fanatismo religioso.

François-Marie Arouet queda huérfano de madre a los siete años, lo que hace que su existencia dependa aún más de los rígidos principios del notario. La madre del filósofo es un misterio. Muy pocas veces habló de ella o la mencionó en su vastísima correspondencia. Algunos estudiosos de la vida de Voltaire han querido ver en la temprana ausencia materna el origen de muchos rasgos sobresalientes de la personalidad del filósofo: su cáustico sentido del humor, su hipocondría, su relación casi filial con varias de sus mujeres, su visión fatalista y aun sombría de la vida, etcétera. Entre las raras menciones que hace de ella, hay una singular. Alguna vez le contó a un amigo que en realidad no era hijo del notario Arouet, sino fruto del amor

clandestino de su madre con un importante miembro de la aristocracia francesa. Tal era el repudio que sentía por su progenitor, que no dudó en manchar la reputación de su madre con tal de apelar a orígenes menos siniestros que los del buen notario. Así era Voltaire y, como en muchas otras cosas, no hay que tomarlo demasiado en serio.

Pese a sus convicciones jansenistas, el señor Arouet matriculó a su hijo, en 1703, en el Colegio Louis-le-Grand, regenteado por jesuitas, acérrimos rivales de los jansenistas. La actitud del notario se explica si se toma en cuenta que este colegio era, con mucho, el mejor de Francia –y quizá del mundo– por aquellos tiempos. El señor Arouet quería que su segundo hijo tuviera una sólida educación para poder afrontar con éxito sus deberes de abogado, profesión que le tenía destinada.

El joven François-Marie permaneció en este colegio nueve años, hasta 1711. Tal y como lo esperaba su padre, adquirió en él una excelente formación. Los vastos conocimientos que más tarde mostraría en los campos de las lenguas y letras clásicas, la teología, la historia, las fuentes bíblicas y aun de la filosofía natural, así como el dominio que adquirió de las lenguas inglesa (en la que prefería escribir sobre asuntos filosóficos) e italiana (reservada para la correspondencia amorosa), tuvieron su origen, sin duda, en los cursos que tomó con los severos jesuitas, a quienes, por cierto, Voltaire no mostró menos aversión que a los jansenistas. Muchos años después afirmaría que sus maestros del *Louis-le-Grand* torturaban con saña a sus jóvenes alumnos, llegando al extremo de sodomizarlos. Es más, no resiste la tentación de señalar este episodio en el apartado *Amor socrático* de su *Diccionario filosófico*, ni de mencionar continuamente, siempre dejándolos muy mal parados, a los seguidores de Loyola en sus deliciosos cuentos y relatos.

Fue por entonces que Voltaire entró en contacto con las ideas subversivas que empezaban a aflorar en la agonía del reinado de Luis XIV. Instigado por el abate Châteauneuf, un viejo amigo de su madre, participó en las reuniones de la *Société du Temple*, formada por un grupo mundano y bastante libertino que ocupaba su ocio en cuestionar, criticar e incluso conspirar contra las decadentes y pomposas costumbres de la corte del Rey Sol.

Poco después de salir del Colegio *Louis-le-Grand*, se matricula en la Universidad para estudiar la profesión de abogado, tal y como lo tenía dispuesto su progenitor. Permanece allí durante tres años, con una notable interrupción: en 1713 deja sus estudios para acompañar a Holanda, como secretario, al embajador de Versalles en ese país. No obstante, dura menos de un año en los Países Bajos. Parece ser que sus enredos con Olympe Dunoyer, su primer amor, lo obligaron a apresurar el regreso a París, y a ejercer durante un breve periodo como abogado. Pero pronto abandona esta actividad, demasiado anodina para un espíritu tan inquieto. Con gran disgusto de su padre, deja las querellas judiciales para emplear su pluma y su talento en el "sublime arte de las letras", para decirlo con sus propias palabras. Comienza a escribir poemas, tragedias y agudos y mordaces artículos, que no tardarán en convertirlo en el enemigo favorito del gobierno y el alto clero francés. En efecto, en 1716, a sus 22 años, sufre ya su primer exilio forzoso de París a causa de su chispeante prosa. Regresa al poco tiempo, sólo para ir a parar en seguida con sus huesos al famoso presidio de la Bastilla, siniestro lugar reservado por aquel entonces a los que hoy llamaríamos presos políticos. Permanece en prisión casi un año, hasta el 11 de abril de 1718. Apenas deja el presidio, inicia el que sería el segundo de la larga lista de exilios que sufrió en su vida. Es en este año cuando, en un gesto que puede interpretarse como un rompimiento definitivo con el odioso notario Arouet, François-Marie comienza a firmar sus escritos con el seudónimo de Voltaire, con el que ganará fama y reconocimiento universales.

Para rematar este año tan importante en la vida del filósofo, al poco de regresar de su segundo exilio estrena en París, en noviembre de 1718, su tragedia *Oedipe*, que logró un éxito apabullante. A partir de entonces, el nombre de Voltaire se hace más y más conocido en los círculos intelectuales parisinos, y muchas señoras de la alta aristocracia francesa se disputan la presencia del joven dramaturgo en sus tertulias. Mimado, admirado, casi reverenciado por el estrato más culto y refinado de la sociedad francesa, Voltaire se mueve en este medio como pez en el agua. Es indudable que poseía un gran don de gentes y un trato exquisito cuando se lo proponía. Asimismo, cuidaba con mucho

esmero la relación con sus amigos y aun con sus conocidos. No dejaba carta sin respuesta. Este hombre infatigable, además de su vastísima obra escrita, escribió más de diez mil cartas en su vida, dirigidas a casi dos mil personas. Bastaría con leer la correspondencia de Voltaire para tener una idea muy precisa de lo que fue el siglo dieciocho europeo. Prácticamente no hay un tema importante –y no tan importante– en cualquier rama del arte, la ciencia, la historia y la filosofía que no salga a relucir alguna vez –o muchas veces– en sus epístolas.

El éxito de *Oedipe* desata su pluma, que se aventura cada vez con mayor frecuencia –aunque no siempre con mayor calidad– en la redacción de dramas, ensayos y poesías. Por otra parte, ya por aquella época Voltaire dará muestras de otro don que le otorgó la Providencia –para emplear uno de sus términos favoritos– y que no suele prodigárselo a los artistas: una asombrosa capacidad para hacer dinero. El notario Arouet, que nunca tuvo fe en ese hijo tan propenso al escándalo y a la bohemia, decide condicionar la herencia a la que éste tiene derecho: no podrá disfrutar de ella hasta que cumpla los 35 años –quizás entonces François-Marie diera muestras de cordura, pensaría el notario–, conformándose, mientras tanto, a recibir una modesta pensión producto de esos mismos bienes. Cuando muere su padre, al comenzar 1722, Voltaire se entera de los ignominiosos términos de la herencia: aún le faltarían siete años para poder disfrutar de los bienes heredados, y eso si lograba ponerlos a salvo de su hermano mayor, quien había comenzado a mover hilos para tratar de quedarse con ellos. Furioso, se propone alcanzar riquezas por sí mismo. Riquezas que le permitirían –eso lo tenía muy claro– dedicarse con absoluta libertad a su obra creativa. Se convierte entonces en editor y promotor de sus obras; aprovecha sus múltiples conocidos y su creciente fama de autor audaz y corrosivo para elaborar largas listas de suscriptores que esperan ansiosos cada nueva publicación. Con ello, y con los privilegios y canonjías que va obteniendo de la casta gobernante (paradójicamente criticada por él), su bolsillo comienza a engrosar. Tiempo después, en 1728, invertirá sus ganancias en un pingüe negocio: en ese año la ciudad de París organizó una lotería mensual para obtener fondos con los cuales pagar las obligaciones municipales. Voltaire, auxiliado en el

engorroso asunto de los números por el brillante matemático La Condamine, estudió el asunto y consiguió con varios socios fondos para comprar emisiones completas de boletas concursantes, con lo que se garantizaba ganar, mes a mes, cada sorteo.

Así, además de participar con inversiones en el municipio que les proporcionaban rentas, cada mes se llevaban libres de polvo y paja 500 mil francos. Las autoridades de la ciudad tardaron casi un año en darse cuenta de la jugada, y tomaron medidas para evitarla. Pero ya para entonces Voltaire y sus socios habían amasado una respetable fortuna, la cual, después de hábiles manejos financieros, lo llevaría a ser un hombre sumamente acaudalado el resto de su vida.

En 1723 publica *La Henriade* (originalmente con el título de *La Ligue)*, enorme poema en el que rinde un encendido homenaje a su admirado Enrique IV, y que le da un lugar definitivo en el Olimpo de las letras francesas, como el gran poeta de su época. Pero a finales de ese año adquiere la viruela, horroroso mal que lo lleva a las puertas de la muerte. Un ascenso y un descenso tan abruptos y casi simultáneos marcarán su carácter. La gloria, comprendió entonces y no se cansó de afirmarlo a lo largo de su vida, colinda con el infierno. La vida es apenas una trampa que engaña durante un breve lapso a la muerte, ésta sí definitiva. Y actuó en consecuencia: empleó hasta el límite las fuerzas que le proporcionaba su frágil anatomía para beber de la vida hasta las heces. Todos sus biógrafos concuerdan en que Voltaire, pese a su organismo, enclenque y enfermizo, derrochó una vitalidad y una energía inauditas durante toda su prolongada existencia.

En 1725 el rey Luis XV se casa con la polaca María Leszcynsky y al poco tiempo se asienta definitivamente en el trono, tras la muerte del regente, su tío Felipe de Orleáns. En esta época Voltaire se encontraba en el pináculo. Era el autor favorito de la corte, al extremo de presentar tres de sus obras de teatro durante los festejos por el matrimonio real y recibir una jugosa pensión por cuenta de la nueva reina de Francia. Pero poco le duraría el gusto. Su indómito carácter y su lengua, quizás aún más afilada que su pluma, no tardarían en meterlo en problemas. Tuvo un desagradable altercado con el Caballero de Rohan, uno de los grandes de Francia, por un asunto bastante nimio:

parece ser que el aristócrata se burló del seudónimo del filósofo y éste le respondió en el más puro estilo volteriano, lo que enfadó muchísimo al Caballero; pero como no quiso dignarse a castigar personalmente el insulto, mandó a varios de sus criados a darle una tunda al atrevido filósofo mientras él se contentaba con observar la golpiza a través de la ventana de su carruaje. Los golpes que recibió Voltaire dañaron sin duda mucho más a su ego que a su cuerpo: sintió una profunda indignación por la ofensa que le hacía un noble al no considerarlo, dada su calidad de plebeyo, digno de enfrentarse con él. Furioso, Voltaire buscó por todos los medios lavar su honor lastimado. Prudente, tomó clases de esgrima y tiro, y buscó inútilmente entre sus muchos conocidos en la corte quien lo apadrinara para retar al Caballero de Rohan. Por supuesto, nadie le hizo el menor caso. Primero lo tomaron a broma, pero cuando vieron que el joven filósofo iba en serio y estaba dispuesto a causarle daño a un grande de Francia, se unieron como un solo hombre en contra de Voltaire y consiguieron meterlo por segunda vez en la Bastilla, en abril de 1726. Durante el breve tiempo que pasó en prisión, nuestro héroe tuvo oportunidad de reflexionar acerca de las singulares costumbres de la aristocracia. Comprendió en carne propia que solamente se puede pertenecer a ella por derecho de sangre. De nada sirven el talento y la inteligencia. Un noble, por estúpido y yermo que sea, se considerará siempre superior a un plebeyo. Esta realidad aparece recurrentemente en la obra volteriana, sobre todo en sus cuentos filosóficos; basta con recordar en el cuento *Cándido* al barón de Thunder-ten-tronck (quien, por cierto, se convierte en Comandante jesuita), hermano de Cunegunda, el gran amor de Cándido, que se obstina, aun a costa de su vida, en impedir el matrimonio de su maltrecha hermana con el plebeyo Cándido, pese a que éste fue más de una vez el salvador y benefactor de ambos hermanos.

En mayo de ese año se le permite salir del presidio con la condición de que abandone el reino de Francia. Voltaire se establece en Inglaterra, país por el que profesa una profunda admiración. Cabe recordar que por aquellos tiempos Inglaterra se había convertido en una especie de meca de los hombres libres, dadas sus estructuras políticas y eclesiásticas, notablemente más benévolas y tolerantes que las del continente. Así, la vida

intelectual, científica y artística bullía en aquel país como en ninguna otra parte de Europa. Voltaire lo supo aprovechar y disfrutar muy bien. Los casi tres años que permaneció en la isla fueron de los más fructíferos de su vida. Trabó conocimiento y en muchos casos amistad con las mentes más lúcidas del país, lo que le permitió ensanchar notablemente sus conocimientos en muchas ramas de la ciencia y la filosofía. El contacto que tuvo con las obras de Locke y de Newton (de quien presenció su solemne entierro, el 8 de abril de 1727) fueron definitivos en la formación de su propia filosofía. En la del primero encontró una veta de insospechadas dimensiones para reflexionar en torno al entendimiento humano, tema que lo obsesionará desde entonces. En cuanto a la del segundo, Voltaire no tuvo duda de que la filosofía natural de Newton representaba una revolución definitiva en la concepción del orden de la naturaleza, que repercutiría en todos los campos de la ciencia y de la tecnología. Y no solamente se dedicó a estudiarlas, sino que muy pronto se convirtió en su entusiasta divulgador, a través de sus obras *Essay on Epick Poetry, Essay upon Civils Wars in France* (1728), *Histoire de Charles XII* (1731) (cuya primera edición fue secuestrada por la policía parisina), y más tarde en las *Letters Concerning the English Nation* (1733), basadas en la correspondencia que envió desde la isla a su eterno amigo Thieriot (cuya versión en francés, las *Lettres Philosophiques*, merecieron el mismo año en que fueron publicadas, 1734, el honor de ser quemadas públicamente en París), y en sus *Elementes de la philosophie de Newton* (1738).

En 1729 regresa clandestinamente a París y se dedica con entusiasmo a introducir en Francia su obra reciente, con los resultados que ya se han mencionado. Empero, todas estas persecuciones y condenas sólo lograron que la obra de Voltaire fuese codiciada por un público cada vez más amplio que su autor volviera a ganarse el reconocimiento y la estima de los veleidosos cortesanos de Versalles, que ya para entonces habían olvidado el lamentable asunto del Caballero de Rohan.

En 1733 establece relaciones con Madame du Châtelet, una rica aristócrata doce años menor que él, pero con una inteligencia y una capacidad de trabajo que no se quedaban a la zaga de las de su admirado filósofo. En Madame du Châtelet Voltaire

encontró además de una amante y mecenas una verdadera colega y una durísima crítica en las lides intelectuales. Por otra parte, la suntuosa mansión que la dama tenía en Cirey era el lugar idóneo para que Voltaire, sin estar demasiado lejos de París, pudiese trabajar a gusto y concentrado, a la vez que se ponía a salvo de las innumerables persecuciones de las que era objeto.

Los (no muy fieles) amantes compartieron sus existencias durante quince años, hasta septiembre de 1749, cuando Madame du Châtelet fallece víctima de la fiebre puerperal que le ocasionó el parto de un hijo que había concebido de un joven militar. Pese a sus continuas desavenencias, causadas algunas veces por los celos (especialmente cuando, desde 1744, Voltaire troca el tutorazgo que ejercía sobre su sobrina, Madame Denis, por un apasionado romance) y muchas más por sus discusiones en tópicos intelectuales, la pareja sacó a flote su relación y, lo que es más importante, pudo trabajar con ahínco en sus múltiples proyectos. Es precisamente en esta época cuando Voltaire publica, en 1739, el *Essai sur le Siécle de Louis XIV*, ambicioso ensayo que será la base de su celebérrimo *Le Siècle de Louis XIV*, que publicará en 1751. Un año antes, según se ha dicho, publicó los *Eléments de la philosophie de Newton*, que fue un parteaguas entre los físicos franceses, quienes desde entonces adoptaron la mecánica newtoniana. También por entonces, en 1736, inicia una comunicación epistolar con el joven príncipe heredero de Prusia, el futuro Federico II, que desembocará en una de las relaciones más conflictivas de su ajetreada existencia.

Así, con largas temporadas de trabajo en Cirey, alternadas con fugaces viajes a los Países Bajos y al centro de Alemania, donde se reúne cuatro veces con Federico II, junto con intermitentes estancias en París, donde cada vez es mayor el número de sus admiradores y aduladores, Voltaire no se cansa de admirar al mundo con su vasta obra y sus brillantes ideas, ni de irritar a los poderosos, especialmente el alto clero parisino. En 1745 una de sus más entrañables amigas, Jeanne-Antoinette d'Etoile, más tarde marquesa de Pompadour, se convierte en la favorita del rey de Francia y, con ello, la posición del filósofo en el palacio de Versalles se fortalece considerablemente. Ese mismo año es nombrado Historiógrafo Real, gozando de una jugosa pensión,

y un año después ingresa a la *Académie Franÿaise* (puesto al que había aspirado desde hacía casi 20 años) y es nombrado caballero (por fortuna parece que ya había olvidado el agravio del Caballero de Rohan, pues ahora sí podría haberlo retado).

Pero aún no llegaban los tiempos en que Voltaire y la estabilidad hicieran buenas migas. Nuevamente su afilada lengua y su carácter lo meten en aprietos, y en 1750, a un año de la muerte de su querida compañera, habiéndose ganado la inquina de Luis XV, se ve obligado a abandonar nuevamente el reino. Mientras en los aparadores de las librerías de París aparecía el primer tomo de la *Enciclopedia* que contra viento y marea habían logrado publicar sus queridos amigos Denis Diderot y Jean d'Alembert, Voltaire, junto con su sobrina, se dirige a Prusia, aceptando por fin la eterna invitación que le había hecho Federico para que viviera en su corte. Tardaría 28 años en regresar a su ciudad natal.

La relación entre Voltaire y Federico es uno de los episodios más fascinantes en la vida de ambos hombres. Prueba de ello es la enorme cantidad de tinta que se ha derramado sobre el tema. Tanto los biógrafos del francés como del rey prusiano han dado especial importancia a esta tormentosa amistad entre dos de los personajes más destacados del siglo XVII. No es para menos: podría afirmarse que Voltaire y Federico eran, en muchos sentidos, almas gemelas. Ambos estaban enamorados del saber, de las artes y de la buena vida. Ambos eran hiperactivos, caprichosos, insolentes y profundamente vanidosos. Ambos disfrutaban desafiando a sus rivales: uno con sus ejércitos, el otro con su pluma, fueron verdaderos azotes para los estados de la vieja Europa. Pero sobre todo, ambos estaban convencidos de la crueldad innata de los hombres y la sociedad, de la ingente capacidad corrosiva que conlleva la ignorancia, el fanatismo y la superstición, y de la fuerza de la razón, de la inteligencia humana, como el único antídoto para enfrentarlos. Era lógico que tantos puntos en común los acercaran estrechamente. En efecto, desde 1736, cuando recibe una larga y muy afectuosa carta del príncipe prusiano, en la que éste manifiesta su gran admiración por el parisino, Voltaire se siente de inmediato atraído por él. Le contesta en seguida, en términos elogiosos y entusiastas. Seguramente el filósofo, al leer las

encendidas epístolas de su discípulo, cuajadas de citas clásicas, y muchas veces poemas de su autoría, o penetrantes reflexiones filosóficas acerca de los temas que se encontraban en boga, veía en Federico la posible encarnación del soberano ilustrado, personaje idóneo, según él, para brindarle algún alivio a este triste mundo. Y no quiso desaprovechar la oportunidad de ser mentor y consejero de ese muchacho, que apuntaba a ser uno de los reyes más poderosos de Europa.

No obstante, las semejanzas que los unían también tendían a enfrentarlos. Ambos eran dominantes; estaban acostumbrados a imponer su voluntad sin apelaciones. La prolongada correspondencia que sostuvieron durante muchos años atestigua este conflicto. Frecuentemente lo que comenzaba con amables discusiones culminaba con acres disputas, al punto de interrumpir abruptamente la comunicación. A veces era uno el que cedía, a veces el otro; el hecho es que los pleitos y las reconciliaciones marcaron de forma indeleble la relación entre estos hombres.

Mucho antes de que Voltaire llegara por fin a la corte de Potsdam, los desencuentros con el joven rey habían sido frecuentes. Ya en 1740, cuando Federico hereda el trono de Prusia, y comienza una impresionante escalada militar en el centro de Europa, que lo llevará a casi duplicar el número de sus súbditos en menos de tres años, su mentor lo amonesta severamente. No es ésta la manera de comportarse de un monarca ilustrado, cuya bélica actitud más se asemeja a la de un reyezuelo bárbaro, le advierte el filósofo. Federico se ofende muchísimo: Voltaire será el pensador más reconocido de Europa, pero no tiene idea de lo que es el arte de la política, en el cual la guerra es la mejor garantía posible para lograr una paz duradera. Y se lo hace saber al filósofo en términos tan ácidos, que ocasionan un rompimiento aparentemente definitivo. Pero siempre las reconciliaciones llegaban y, con ellas, la súplica del monarca prusiano para que Voltaire se decidiera a vivir en su reino, a donde ya había logrado traer a muchas de las mentes más lúcidas de su tiempo. Maupertuis, Wolff, Vaucanson, Algarotti, Gravesande y Euler, entre otros, alumbraban con el brillo de su talento la corte de Postdam; ningún reino en toda Europa podía competir contra la constelación de genios que había logrado conjuntar el

monarca de Prusia. Pero Voltaire, la estrella más brillante de ese firmamento se negaba a ir. En mucho, detrás de esta negativa estaba también el carácter de Madame du Châtelet, a quien Federico aborrecía cordialmente. Emilie –que así se llamaba– veía en el monarca de Prusia a un rival mucho más peligroso que las jovencitas que a veces distraían a su amante, y empleó sus mejores artes para impedir el encuentro. Fue la muerte prematura de esta mujer y la decisión terminante de Luis XV de expulsar a Voltaire del reino de Francia, lo que arrojó por fin al filósofo en brazos de su conflictivo admirador.

En Prusia ocurrió lo que tenía que ocurrir. Después de una felicísima recepción, de los gloriosos primeros días del encuentro, en los que bebieron los mejores vinos, degustaron los platillos más exquisitos y hablaron, horas y horas, de mil y un temas sublimes; y de celebrar la publicación de *Le Siècle de Louis XIV*, obra fundamental del parisino, comenzaron las desavenencias. No tardaría Federico en quejarse entre sus íntimos del viejo filósofo, tan vanidoso, ávido de riquezas, de una petulancia insufrible, y de quien pronto podría deshacerse como se tira la cascara de una naranja a la que se le ha extraído el jugo. Voltaire, por su parte, también comenzó a hartarse de esa "prostituta respetable, singular y adorable", según etiquetó un día a Federico en agria alusión al homosexualismo del rey, que a veces (no siempre, desde luego) parecía molestar mucho al parisino. En el palacio de Sansoucí en Postdam, por grande y suntuoso que fuera, no cabían estos dos hombres. Uno tendría que irse. Por supuesto, fue el filósofo.

La gota que derramó el vaso fue la disputa que Voltaire sostuvo con Maupertuis, uno de los favoritos del rey, por un asunto relacionado con la física teórica. En tan escabroso tema metió sus afiladas narices el filósofo para salir en defensa de König, un joven físico que con toda razón había puesto en entredicho una tesis del divino Maupertuis, lo que le granjeó la ira real. En diciembre de 1752 Voltaire publicó un pequeño libro sobre el tema, *Diatribe du docteur Akakia*, que enfureció tanto a Federico, que lo llevó a ordenar la expulsión inmediata del atrevido filósofo y de su sobrina, y a mandar quemar públicamente el libelo. Fue un éxodo humillante y doloroso. Voltaire tardaría bastante tiempo en perdonarle a Federico esta malé-

vola acción, pese a que éste, cuando aún no abandonaba su reino, ya daba muestras de contrición. Pero más tarde hubo, al fin, reconciliación, y la correspondencia entre ambos se mantuvo hasta la muerte del filósofo.

Así, en 1753, con sus 59 años a cuestas, Voltaire se ve obligado una vez más a emigrar. Elige a Suiza como lugar para su nueva residencia. Tal vez el bucólico paisaje alpino influyó en su temperamento, o quizá fueran los años que había acumulado su vida, el caso es que Voltaire, a partir de su estancia en Suiza, comienza a dar muestras de mesura y sosiego, lo que no significa, en absoluto, que disminuya su frenético ritmo de trabajo. Por el contrario, de su estancia en Suiza son fruto el *Poéme sur le désastre de Lisbonne* (1755) y *Candide* (1759), obras de capital importancia en el ya por entonces amplísimo acervo del filósofo. En el primero, Voltaire hace una amarga reflexión sobre Dios, el hombre y la naturaleza. Impresionado, profundamente conmovido por el devastador terremoto que asoló a Lisboa en noviembre de 1755 y que cobró la vida de miles de personas, Voltaire se pregunta si a la Providencia –o a Dios, en última instancia– le importa un comino el género humano. La razón, que siempre quiso poner al margen de los asuntos de la fe, no puede, obviamente, explicar semejante catástrofe. Más daños que mil terremotos, admite, se ha causado el propio hombre con sus eternas guerras, pero esto de alguna manera puede explicarse, si se considera la innegable proclividad al mal que encierra la naturaleza humana, contra la que aún hay esperanza de enfrentarle el bien, la sabiduría y la tolerancia; en cambio, un desastre como el de Lisboa ocurre absolutamente al margen del albedrío humano, ¿será que la naturaleza misma, y con ella la Providencia, sean también proclives al mal; o peor aún, que actúen, como el hombre, a su libre albedrío, desobedeciendo si les viene en gana los designios de Dios, a quien la maldad le está negada? Espinosa pregunta, que sin duda causó enorme desasosiego en el espíritu de Voltaire, quien jamás, como pronto se verá, puso en duda la existencia de Dios.

En cuanto a *Cándido,* para muchos la mejor obra de Voltaire, bastaría con afirmar que es el ejemplo más acabado del difícil género del cuento filosófico. Siguiendo la más pura tradición de Rabelais, Voltaire nos narra, con deliciosa ironía, la infausta

vida de Cándido, un buen muchacho oriundo de alguna baronía perdida en el mar caótico del Sacro Imperio Romano. Por supuesto, Cándido, como su nombre lo indica, es un optimista radical (de hecho el subtítulo del cuento es "o del optimismo"), que se obstinará a lo largo de toda la historia en mantenerse en este optimismo, pese al rosario de desgracias que le acontecen. El género humano no recibe, desde luego, un buen trato del filósofo en este cuento. A las tesis esperanzadoras de Leibniz y su discípulo Christian Wolff, quienes afirmaban que este mundo es el mejor de los posibles y que de todo lo que puede ocurrir siempre ocurre lo mejor para el género humano (tesis que Voltaire pone en boca de su adorable personaje, el filósofo Panglos), Voltaire responde de forma demoledora: En realidad, el egoísmo, la estulticia, la avaricia, la violencia, la rapiña, la ingratitud, la ignorancia, el fanatismo, la superstición y la intolerancia, todos ellos atributos netamente humanos, son los verdaderos protagonistas de la historia de Cándido... y de la Historia Universal, se podría afirmar si se sigue el hilo del pensamiento volteriano, puesto en boca del escéptico personaje Miguel en el cuento. Al leer esta obra se comprende en seguida que no es fortuita la profunda admiración que sentía Shopenhauer por el filósofo parisino. Pero, contra lo que pudiera sospecharse, el cuento tiene un final feliz. Cándido, su mujer y sus amigos descubren por fin la manera de llevar una vida tranquila: simplemente basta con trabajar pacíficamente para lograr cada quien su propio sustento. Exactamente eso hará Voltaire en Ginebra y más tarde en Ferney.

En 1754, poco después de su llegada de Berlín, Voltaire realiza una acción que sorprenderá al mundo entero: se confiesa y comulga en una iglesia de Colmar. No es fácil, a tantos años de distancia, explicar las razones que llevaron a este crítico incansable de la Iglesia católica a recibir sus sacramentos, aunque ciertas pistas que él mismo nos dejó en su obra pueden echar luz en el asunto. Más adelante se hablará de las ideas de Voltaire acerca de la religión y del cristianismo en particular; por ahora mencionaremos tan sólo una obsesión escatológica de nuestro héroe: Cuando era muy joven tuvo la oportunidad de presenciar el miserable entierro de una actriz, Adrienne

Lecouvreur, condenada por la Iglesia –después de vilipendiar el cadáver fue arrojado en una fosa común, a campo abierto, lejos de un cementerio, sin una caja que protegiera sus restos– y quedó horrorizado ante ello. Tan es así, que esta anécdota la menciona en varias de sus obras y en muchas de sus cartas. Tiembla con sólo pensar –dice en una de ellas– que sus restos mortales recibiesen un trato semejante al de la infortunada actriz. Voltaire sabía perfectamente la inquina que le tenía la Iglesia de Francia –inquina que se había ganado a pulso– y que, si no se arrepentía a tiempo, nadie podría salvar a sus restos de correr la misma suerte que Adrienne Lecouvreur. Quizá por ello decidió comulgar en Colmar. A sus sesenta años la muerte podría sorprenderlo en cualquier momento y más le valía tener en orden sus relaciones con la Iglesia si quería que su cuerpo reposara en paz en un camposanto bendecido.

No es fácil digerir una explicación de esta naturaleza, considerando la despiadada crítica a la superstición que Voltaire hizo a lo largo de su vida, pues, al fin y al cabo, desde una perspectiva netamente racionalista poco importa, si no es que nada, lo que ocurra con los despojos de un cuerpo sin vida. Pero no cabe la menor duda de que a Voltaire sí le importaba. El hecho de que catorce años más tarde, y poco después de sufrir una apoplejía, recibiera hasta en dos ocasiones los sacramentos; pero sobre todo, las providencias que tomó en vísperas de su muerte, confirman de forma contundente el misterioso temor que nuestro héroe tenía por el destino de su cuerpo mortal y su alma inmortal.

Voltaire vive en Ginebra hasta 1759. Después cambia su residencia por un breve tiempo a Tourney y por último se establece en Ferney, misérrima población francesa ubicada justo en la frontera con Suiza, donde vivirá hasta poco antes de su muerte.

Muy pronto se sentiría la presencia del filósofo en esa apartada región de Francia. Voltaire rehabilita un hermoso palacio, con todo y su iglesia anexa, para fincar en él su residencia, e invierte cuantiosos recursos en beneficio de la población. Manda construir casas que arrendará a los lugareños. Organiza al pequeño poblado, procurando educación para los niños y trabajo para sus padres. Introduce modernas técnicas de cultivo y

promueve la enseñanza del arte de la relojería entre sus vecinos más avispados. Así, en pocos años, Ferney gozará de un esplendor como nunca lo había tenido.

Voltaire, maestro en el arte de vivir, supo labrarse una vejez apacible. A los 65 años se convierte en un venerable patriarca de la población que escogió como residencia. Los lugareños lo quieren y lo respetan; su obra, difundida en toda Europa, goza de enorme prestigio. Montañas de cartas, provenientes de los más disímbolos lugares, incluida la remota América, y de las mentes más lúcidas y reconocidas del mundo intelectual de la época, se apilan en su estudio, aguardando pacientes la respuesta del infatigable filósofo –que siempre llega, por cierto–. Incluso muchos de estos ilustres personajes van alguna vez a Ferney, para convivir por unos días con su admirado maestro, quien los atiende como un *pashá*.

Podemos imaginar la vida que Voltaire llevaba en aquellos tiempos: se levantaba tarde, a eso de las doce, pues el trabajo más pesado solía hacerlo de noche –escribiendo de pie, según alguna leyenda–, vestido, como era usual en él, de manera extravagante. Cubría su delgadísimo cuerpo (Voltaire jamás embarneció con los años) con un camisón de dormir, con un chaleco de vistosos adornos encima, y todavía cubría todo aquello con una casaca raída. Bajo unas medias holgadas, sus pies se encontraban a gusto metidos en unas cómodas babuchas. Su cabeza también estaba doblemente cubierta: con una vieja peluca de los tiempos de la regencia y con un bonete colorado sobre ella. En su rostro huesudo y afilado, surcado por gruesas arrugas, sobresale su larga nariz. Los dientes hace mucho que los ha perdido. Su boca, pues, parece una cruel herida. Pero sus formidables ojos, gris acerados, que refulgen con brillo jovial, todavía son capaces de intimidar a quien los mire. Almorzará frugalmente; después, revisará su correspondencia y dedicará dos o tres horas en responderla. Luego atenderá asuntos domésticos, de su castillo y de todo Ferney, pues de hecho es el amo del poblado. Quizás haga una siesta antes de cenar con su sobrina y con Marie Corneille, descendiente del famoso dramaturgo y a quien Voltaire le dio hogar y protección desde 1760. Tal vez haya alguien más en la mesa compartiendo la espléndida cena. Roland de la Platière, por ejemplo, que ha hecho el largo via-

je desde París para departir con el viejo filósofo. La velada será agradable, como siempre, gracias a la amena charla de nuestro héroe, que no ha perdido con los años un ápice de su prodigiosa memoria, fuente inagotable de sabrosas anécdotas.

Después de cenar, el filósofo irá a su estudio, para iniciar la verdadera jornada de trabajo. Escribirá, por ejemplo, un aguerrido panfleto contra Fréron, su acérrimo rival desde hacía muchísimos años. O trabajará en el prólogo y las notas críticas de las obras completas de Corneille que piensa editar y cuyas regalías estarán destinadas a su protegida, Marie Corneille. O afilará su pluma contra Rousseau, el odioso ginebrino que ha desatado una feroz campaña contra sus queridos Jean d'Alembert y Denis Diderot. O quizás esté escribiendo las *Homilías* o su *Traite sur la tolerance* (1763), obra fundamental de la última parte de la vida del filósofo, que es un testimonio de la bizarra lucha que Voltaire emprendió contra la intolerancia; acción que, por sí sola, le hubiese merecido un destacado lugar en la historia.

Ya se ha mencionado que en 1753 Voltaire tuvo que abandonar Prusia a causa de la encendida defensa que hizo de König, un joven y talentoso físico al que injustamente había castigado Federico II. Nuevamente, en 1756, al comenzar la guerra de los Siete Años, Voltaire hace una enérgica defensa del almirante inglés Byng, quien fue condenado a muerte por haber perdido una batalla naval. Los esfuerzos del filósofo fueron inútiles: el militar fue ejecutado, pero Voltaire logró, al menos, que su voz de protesta fuera escuchada en muchas partes. No obstante, el caso que proyectará a Voltaire como un encendido defensor de los derechos humanos frente a la intolerancia, y que marcará las principales acciones que el filósofo realizaría en la última etapa de su vida, es el del hugonote Jean Calas.

Este buen hombre pagó muy caro el delito de ser protestante y vivir en una región como la de Tolouse, con una población profundamente católica y conservadora. Para no extendernos, bastará con decir que una mañana del 13 de octubre de 1761 apareció el cadáver de Marc-Antoine, el hijo mayor de Jean Calas. Las marcas en el cuello hacían evidente que el muchacho había sido estrangulado. En realidad, y esto se supo más tarde, Marc-Antoine se había suicidado. La familia, aterrada ante la idea de que el cuerpo del joven recibiera el trato reservado a los

suicidas (trato muy similar al que le dieron a la actriz Adrienne Lecouvreur), afirmó que el muchacho había sido asesinado. Las contradicciones que suscitó tal mentira, llevaron las sospechas del fiscal hacia el padre del muchacho. No faltó quien dijera que el chico fue asesinado por su propio padre cuando éste se enteró de que su vástago estaba a punto de convertirse al catolicismo. Y no faltó un juez que lo creyera: Jean Calas fue condenado a la pena de muerte y sus bienes fueron incautados, dejando al resto de su familia en la absoluta miseria. La condena se cumplió el 9 de marzo de 1762.

Un mes más tarde, la pluma de Voltaire da la voz de alerta ante la infamia que se ha cometido, con lo que iniciará una ardua campaña para reivindicar al infeliz hugonote. Tres años dura la batalla, que tuvo la gran importancia de poner en primer plano el asunto de la intolerancia religiosa entre los medios pensantes de toda Europa. Voltaire, por supuesto, se convirtió en líder de este movimiento y, especialmente a partir de 1765, cuando se rehabilitó públicamente la honra de Jean Calas, y sus bienes regresaron a su familia y sus restos mortales a un camposanto bendecido, comenzaron a llegar de toda Europa infinidad de cartas a Ferney, en las que se suplicaba al filósofo que atendiera alguna injusticia. No es exagerado afirmar que Voltaire actuó como un verdadero *ombusdman* durante muchos años, lo que le ha ganado el reconocimiento universal de sus admiradores –que han sido muchos– y hasta de sus detractores –que también han sido muchos-. No resisto la tentación de comparar a este Voltaire anciano, delgado, enérgico, indignado frente a la injusticia y la intolerancia, con el también entrañable filósofo inglés, Bertrand Russell, quien, como Voltaire, empleó los últimos años de su prolongada existencia para luchar contra los abundantes desatinos e injusticias que comete la sociedad.

Sobre las Homilías

Precisamente en esta época Voltaire escribió *Homilías*, que leyó y publicó en Londres, en 1765. En ellas toca cuatro temas (el ateísmo, la superstición, y la interpretación del Antiguo y Nuevo Testamento) que por aquellos tiempos acaparaban la atención del filósofo; prueba de ello es que varias de las reflexiones

que aparecen en los discursos se repiten, casi textualmente, en el *Diccionario Filosófico* que publicó en 1768. No vamos a entrar aquí en el análisis de estos textos, escritos con intención didáctica –como muchos otros de Voltaire–. Las *Homilías* son suficientemente diáfanas. De hecho, Voltaire nunca se caracterizó por ser un autor profundo. Él mismo lo dijo alguna vez: "mi obra se asemeja más a un arroyo que a un río: es transparente, pero es poco profunda". En esto también se parecía a Bertrand Russell, a quien sus críticos y aun sus camaradas, le reprocharon muchas veces que su obra abarcara infinidad de temas, pero que sólo los tocara en la epidermis. Russell, como Voltaire, estaban más interesados en divulgar sus ideas –o las de otros– que en sumergirse en las espesas aguas de la crítica y la teoría. Y eso lo hicieron muy bien.

Lo que no podemos eludir es hablar de Voltaire y la religión, dado que, quizá con excepción de su actitud frente a la intolerancia, es el tema por el que más se conoce al filósofo parisino. Durante más de dos siglos, para los miembros más conservadores de la iglesia católica, Voltaire ha sido poco menos que un monstruo motejado de *Anticristo*, un ser pernicioso, ateo, iconoclasta y amoral. Por otra parte, ya desde sus tiempos, los verdaderos agnósticos no le perdonaban su firme creencia en Dios, sus devaneos con la Iglesia en momentos cruciales de su vida, su ambigüedad al referirse al tema de Cristo, etcétera. Para otros más, especialmente los masones, Voltaire es un verdadero héroe, el paladín de su lucha contra el poder terrenal de la Iglesia. Como siempre ocurre, todas estas visiones encierran algo de verdad, sin ser verdadera ninguna de ellas.

Es posible afirmar, sin lugar a dudas, que Voltaire creía en Dios. La primera de sus *Homilías*, y muchos otros de sus escritos en torno al tema, lo demuestran fehacientemente. Es más, justo en la época de Ferney, el filósofo se ve envuelto en una fuerte discusión con su colega Condorcet, que le reclama su obstinación por proclamarse creyente, a contracorriente de la mayoría de los ilustrados, que hacía mucho tiempo habían abandonado el deísmo para proclamarse francamente ateos. En atención a ello, Voltaire reduce su campaña contra el ateísmo, pero jamás lograrán que se proclame agnóstico. Ahora bien, el hecho de que fuera creyente no lo hacía ni con mucho miembro de

la Iglesia. Voltaire siempre fue un deísta; esto es, reconoce a Dios como autor de la naturaleza, pero sin admitir revelación ni culto externo. Precisamente en el culto a Dios, encuentra el origen de la superstición, y con ella, de la sujeción de la inteligencia humana a tabúes que escapan de la razón. Con esto, la crítica a la religión es inevitable. Admite, desde luego la fe –él mismo la tenía–, lo que combate rotundamente es el hecho de que las revelaciones de la fe se adopten como ciencia. Esto es, se puede tener fe, por ejemplo, en que Dios creó al hombre, y aun se puede creer que el primer hombre fue Adán –como una alegoría, desde luego–; lo que resulta inadmisible es afirmar que el hombre tiene poco más de cinco mil años sobre el planeta y que toda la especie humana proviene de los padres bíblicos. La confusión entre las revelaciones de la fe y los hechos científicos ha sido la causa de un sinnúmero de barbaridades que ha cometido el hombre contra sí mismo, afirmará hasta el aburrimiento el filósofo. Como en la parábola del tasador romano, Voltaire insistirá siempre que se dé a la fe lo que es de la fe y a la razón lo que es de la razón; mezclarlos, forzosamente resultará catastrófico.

Esta crítica lo lleva sin remedio a otra bastante más terrenal y que será la que le granjee el odio del alto clero francés: según Voltaire la Iglesia, sobre todo la católica, no sólo ha instaurado sus ritos y cultos sobre bases que escapan a la razón, sino que, en franca contradicción a las enseñanzas del propio Jesús, ha metido, durante largos siglos, sus afiladas uñas en el poder y en las riquezas, imponiendo la superstición entre los hombres, con el nada cristiano fin de exprimirlos y sojuzgarlos. En este sentido, Voltaire no es más que uno de los primeros de los muchos liberales que darían una feroz batalla a lo largo de siglo y medio contra el poder terrenal de la iglesia católica.

Por último, las ideas de Voltaire en torno a Jesucristo son quizá las más sutiles y ambiguas sobre el tema religioso. A Voltaire se le debe la divulgación de la historia de las sectas heréticas en los orígenes del cristianismo, en muchas de las cuales se puso en duda la divinidad de Jesús, y, sobre todo, de la obra de varios pensadores que pusieron en duda aun su existencia. El conocimiento de que Flavio Josefo, historiador casi contemporáneo de Cristo, jamás lo mencionó en sus escritos –referencia

favorita de quienes niegan la existencia de Jesús– lo debemos al filósofo parisino. Ahora bien, Voltaire, cuando da a conocer estos escritos, se cuida de tomar partido, a lo mucho pone en boca de otros lo que él piensa, pero jamás niega explícitamente la existencia, ni siquiera la divinidad de Cristo. No obstante, por otra parte, en algunas ocasiones se refiere al Nazareno con calidez y aun entusiasmo. La humildad, la sencilla sabiduría, la prédica amorosa del Salvador parecen subyugarlo. No es fortuito que, en sus tiempos de Ferney, alentara al cura del pueblo para que impartiera el catecismo entre los campesinos, pues consideraba que la vida de Cristo era un ejemplo reconfortante para los pobres de espíritu.

Creyese en Cristo o no, actuó como un verdadero cristiano, especialmente durante los últimos años de su vida. Su férrea, tenaz lucha contra la intolerancia y la injusticia lo ubican como un alumno distinguido del maestro de Galilea. Misteriosos son los senderos que emplea el Señor para procurar el bien de nuestro prójimo, diría el propio Voltaire.

En 1774 muere Luis XV, víctima de la viruela, enfermedad contra la que Voltaire había luchado durante muchos años. Llega al trono de Francia el nieto del rey, Luis XVI, el cual, no tenía la misma aversión por el filósofo que su antecesor, y cuya esposa, la bella austríaca María Antonieta, nunca ocultó su gran admiración por el patriarca de Ferney. El camino, pues, para retornar a París estaba franco. No obstante, Voltaire aún tardaría casi cuatro años en regresar a su ciudad natal. Su frágil salud y sus ochenta años eran un buen argumento como para no aventurase a semejante traslado. Pero los parisinos estaban obstinados en recibir a su hijo pródigo antes de que la muerte se lo llevara para siempre. En 1776 D'Alembert lee en la Academia la *Lettre á l'Academie Francaise* sobre Shakespeare, que es acogida con enorme entusiasmo. Un año más tarde se otorga al filósofo el Premio de la Justicia y la Humanidad, con la aprobación de tirios y troyanos. Por fin, a principios de 1778 Voltaire acude al llamado y se presenta con su añosa anatomía en la vieja capital de los francos que lo vio nacer. Los últimos meses que vivió en París fueron un colofón digno de su ajetreada existencia. Revitalizado por el entusiasmo con que era recibido en todas partes, Voltaire casi no se daba punto de reposo. Acudió

en muchas ocasiones a la Academia, a la ópera y al teatro; alguna de esas veces para presenciar el estreno de su tragedia póstuma, *Irene*, que tuvo un éxito apoteótico. Precisamente allí, en el centro del foro recibió de manos de su querido Jean d'Alembert la corona de laurel que le asentaba en el trono de las letras francesas. Recibió al simpático americano Benjamín Franklin y a su nieto. Acudió a muchas tertulias, ágapes y homenajes. Como en sus mejores tiempos, bebió de la vida hasta las heces durante esa última estancia en su querido París, que lo había recibido como un general romano que retorna victorioso de Germania.

Después de ese regreso triunfal ya no había nada por delante, Voltaire lo sabía muy bien. Las últimas fuerzas que le quedaban las dilapidó gustoso recibiendo el afecto de sus paisanos. Para principios de mayo de ese año, su cuerpo estaba exhausto, dispuesto al reposo eterno. Una sola empresa le quedaba pendiente y, como muchas otras que enfrentó a lo largo de su vida, supo resolverla con talento, incluso con humor: requería poner a salvo a sus inminentes restos mortales del odio de los jerarcas de la Iglesia francesa, que estaban muy lejos de haberlo perdonado.

Con la ayuda de su sobrina, Madame Denis, y del abate Mignot (también pariente suyo), urdió un plan digno de una novela de Swifft: después de que hubiese fallecido, sus restos serían trasladados en secreto fuera de París. Concretamente se llevarían a la abadía de Scellières, en Champagne. Allí embalsamarían el cadáver para llevarlo luego a la cripta que tenía destinada en la parroquia de Ferney. Para cuajar el plan consiguieron incluso la aquiescencia del jefe de la policía de París, elemento clave en la fuga, pues él dejaría atravesar las garitas al carruaje que transporta el cadáver. El filósofo, me imagino que de muy buen humor pese a su postración, se aprestaba a jugar una última mala pasada al odioso clero parisino.

Y lo consiguió, aunque a medias. El 30 de mayo, después, por supuesto, de haberse confesado y de recibir la absolución, Voltaire se sumerge en el sueño eterno. Inmediatamente se pone en marcha en plan de fuga. El cuerpo logra salir de París y llega a Scellières, donde es embalsamado. Pero ya no hubo tiempo de enviarlo a Ferney. El arzobispado de París, enterado con retraso de la muerte del filósofo y de la huida de Madame Denis con los restos mortales de Voltaire, giró instrucciones a todos los obis-

pados del reino para no aceptar ese cadáver en ningún camposanto. Pero el abate Mignot, desafiando las órdenes recibidas, decidió darle cristiana sepultura en la abadía de Scellières. Voltaire podía estar tranquilo.

Y estaría contento sin duda si supiese lo que ocurrió después con los restos de su famélico cuerpo: en 1791, en pleno auge de una revolución que le debía mucho a sus ideas, sus restos son trasladados, en solemnísima ceremonia, al Panteón de París. Allí reposa actualmente ese singular hombre que, para decirlo con las palabras de Fernando Savater, "estaba maravillosa, indecente, inagotablemente vivo..."

Francisco Rebolledo

Homilías

PRONUNCIADAS EN LONDRES EN 1765 *

EN UNA ASAMBLEA PARTICULAR

* En realidad, estas *Homilías* aparecieron en 1767 en un pequeño volumen *in octavo* de 78 páginas y son consideradas como una novedad en la entrada correspondiente al 10 de mayo de 1767 de las *Memorias secretas de Bachaumont*. Es poco probable que Voltaire haya esperado dos años para mandarlas imprimir. (*Nota del editor del texto francés*).

En la redacción de 1765 del artículo "Cristianismo" del *Diccionario Filosófico*, Voltaire escribe: "Algunas comunidades cristianas de hoy en día que tienen asambleas sin jerarquía se cundan en este uso [el de ceder la palabra a quien haya tenido una revelación] de la iglesia primitiva". Muy probablemente estas Homilías sean una participación de Voltaire en una de esas asambleas cristianas que buscaban restaurar el culto cristiano primitivo.

PRIMERA HOMILÍA

Del ateísmo

Hermanos:

¡Que mis palabras pasen de mi corazón al vuestro! ¡Que pueda yo apartar las vanas declamaciones y librarme de ser un actor de púlpito que busca el aplauso para su voz, sus gestos y su falsa elocuencia! No tengo la insolencia de instruiros; examino con vosotros la verdad. Ni la esperanza de riquezas y honores, ni la búsqueda de la consideración ajena, ni la pasión desenfrenada de dominar los espíritus alientan mi débil voz. Escogido por vosotros para ilustrarme con vosotros y no para hablar como un maestro, os propongo que veamos juntos, en la sinceridad de nuestros corazones, lo que la razón, concertada con el interés del género humano, nos ordena creer y practicar. Debemos comenzar por la existencia de un Dios. El tema se ha tratado en todas las naciones; está agotado. Por esa misma razón os hablo de él, pues anticiparéis todo lo que os diré y confirmaremos juntos el conocimiento de nuestro primer deber. Somos niños congregados para conversar acerca de nuestro Padre.

Un bello impulso del espíritu humano, una elevación divina de nuestra razón, si me atrevo a llamarla así, se expresa en este antiguo argumento: existo, luego algo existe por toda la eternidad[1]. Todos los tiempos se abarcan desde el primer paso y al primer vistazo. Nada es más grande; pero nada es más simple. Esa verdad está tan demostrada como las proposiciones más claras de la aritmética y de la geometría: puede asombrar por

[1] Voltaire toma este argumento de Samuel Clarke, *A Discourse Concerning the Being and AtIributes of God*, es la primera proposición del ecléctico racionalismo religioso de Clarke: "es absoluta e innegablemente cierto que algo ha existido durante toda la eternidad".

un momento a un espíritu distraído, pero lo subyuga invenciblemente al momento siguiente. Además, nadie la ha negado pues, en cuanto uno reflexiona, percibe evidentemente que si nada existiera por toda la eternidad, todo habría sido producido por la nada: nuestra existencia no tendría causa alguna, lo cual es una contradicción absurda.

Somos inteligentes: luego hay una inteligencia eterna. ¿No nos da testimonio el universo de que es obra de esa inteligencia? Si una simple casa construida sobre la tierra, o una embarcación que da sobre los mares la vuelta a nuestro pequeño globo, prueban invenciblemente la existencia de un obrero, el curso de los astros y toda la naturaleza demuestran la existencia de su autor.

No, me responde un partidario de Estratón o de Zenón, el movimiento es esencial a la materia; todas las combinaciones son posibles con el movimiento: luego, en un movimiento eterno, era absolutamente necesario que la combinación del universo actual tuviera lugar. Tírense mil dados eternamente: será preciso que alguna vez se obtengan mil superficies semejantes, y es posible determinar incluso lo que uno debe apostar a favor y en contra.

Este sofisma sorprende a menudo a los sabios y confunde a los superficiales. Pero veamos si no es una ilusión engañosa.

En primer lugar, no hay ninguna prueba de que el movimiento sea esencial a la materia; por el contrario, todos los sabios convienen en que ésta es indiferente al movimiento y al reposo, y un solo átomo inmóvil destruye la opinión del movimiento esencial[2].

En segundo lugar, aun si fuera necesario que la materia estuviese en movimiento, como es necesario que tenga una figura, ello no probaría nada contra la inteligencia que dirige su movimiento y que modela sus diversas figuras.

En tercer lugar, el ejemplo de mil dados que se combinan de cierta manera es mucho más ajeno a este asunto de lo que se cree. No se trata de saber si el movimiento acomodará diferentemente unos cubos; sin duda es muy posible que mil dados arrojen mil seises o mil ases, aunque sea muy difícil. No es más

[2] Clarke, *loc. cit.* obtiene esta conclusión de Newton, *Principia Mathematica,* Proposición 11, teorema 1.

que un arreglo de materia, sin ningún designio, sin organización, sin utilidad. Pero que el mero movimiento produzca seres provistos de órganos cuyo engranaje es incomprensible; que estos órganos siempre estén proporcionados unos a otros; que innumerables esfuerzos produzcan efectos innumerables con regularidad jamás desmentida; que todos los seres vivientes produzcan a sus semejantes; que el sentido de la vista, que en el fondo no tiene nada en común con los ojos, se ejerza siempre que los ojos reciben los rayos que parten de los objetos; que el sentido del oído, que es totalmente ajeno a la oreja, nos haga a todos escuchar los mismos sonidos cuando las vibraciones del aire golpean la oreja: he aquí el verdadero núcleo del problema; ahí está lo que ninguna combinación puede operar sin un artesano. No hay ninguna relación de los movimientos de la materia con la sensibilidad y menos aún con el pensamiento. Una eternidad de todos los movimientos posibles nunca resultará ni en una sensación ni en una idea; y que se me perdone, pero es preciso haber perdido el sentido común o la buena fe para decir que el mero movimiento de la materia crea seres sensibles y pensantes.

Por eso Spinoza, que razonaba metódicamente, confesó que hay en el mundo una inteligencia universal.

Esa inteligencia, dice con varios filósofos, existe necesariamente con la materia: es su alma; una no puede existir sin la otra. La inteligencia universal brilla en los astros, nada en los elementos, piensa en los hombres, vegeta en las plantas.

Mens agitat molem, et magno se corpore miscet[3].

Esos filósofos están, pues, forzados a reconocer una inteligencia suprema. Pero la consideran ciega y puramente mecánica; no la reconocen como un principio libre, independiente y poderoso.

No hay, según ellos, sino una sola sustancia, y una sustancia no puede producir otra. Esa sustancia, lo que hay de universal en las cosas, es a la vez pensante, sensible, extensa y dotada de forma.

Pero razonemos de buena fe: ¿no percibimos una elección en todo lo que existe? ¿Por qué hay cierto número de especies? ¿No

[3] "El alma anima a la materia, y con el vasto cuerpo se mezcla". Virgilio, *Eneida*, verso 727.

podría evidentemente haber menos? ¿No podría haber más? ¿Por qué, dice el juicioso Clarke, giran los planetas en un sentido y no en el otro? Confieso que, aunque existan otros argumentos más poderosos, éste me llama vivamente la atención: hay elección, luego hay alguien que actúa por su voluntad[4].

Nuestros adversarios combaten asimismo este argumento. Los oís decir todos los días: "lo que veis es necesario, ya que existe". Pues bien, les respondo, todo lo que puede deducirse de vuestro supuesto es que, para formar el mundo, era necesario que la inteligencia suprema eligiese. Ha elegido; tenemos sensaciones y pensamos en virtud de las relaciones que Dios estableció entre nuestras percepciones y nuestros órganos. Examinad, por una parte, los nervios y las fibras; por otra, los pensamientos sublimes; y confesad que sólo un Ser supremo puede aliar cosas tan disímbolas.

¿Cuál es este Ser? ¿Existe en la inmensidad? ¿Es el espacio uno de sus atributos? ¿Está en un lugar, o en todos los lugares, o fuera de todo lugar? ¡Líbreme para siempre de entrar en tales sutilezas metafísicas! Abusaría de mi razón si buscara comprender plenamente el Ser que, por su naturaleza y por la mía, debe serme incomprensible. Sería como un insensato que, a sabiendas de que una casa ha sido construida por un arquitecto, creyera que esa sola noción basta para conocer a fondo su persona. Limitemos, pues, nuestra insaciable e inútil curiosidad; atengámonos a nuestro verdadero interés. ¿El artesano supremo que hizo el mundo es nuestro amo? ¿Es nuestro benefactor? ¿Le debemos gratitud?

Es nuestro amo, sin duda; sentimos en todo momento un poder tan invisible como irresistible. Es nuestro benefactor, puesto que vivimos. Nuestra vida es un beneficio, puesto que todos amamos la vida, por más miserable que pueda tornarse. El sostén de la vida nos fue dado por el Ser supremo e incomprensible, puesto que ninguno de nosotros puede formar la menor de las plantas de donde sacamos el alimento que nos da y, más aún, puesto que ninguno de nosotros sabe cómo se forman esos vegetales.

---

[4] Newton, y Clarke con él, encontró pequeñas variaciones en las órbitas de los planetas, variaciones que, a la postre, terminaban por ajustarse y, de ello, dedujo que Dios intervenía directamente sobre el universo –y llamaba Providencia a esta acción.

Los ingratos pueden decir que era absolutamente necesario que Dios nos proveyera de alimentos, si quería que existiésemos durante cierto tiempo. Nos dirán: somos máquinas que se suceden unas a otras y la mayor parte de las cuales se rompe y estropea desde los primeros pasos de su carrera. Todos los elementos conspiran para destruirnos y nos dirigimos de sufrimiento en sufrimiento hacia la muerte. Es muy cierto; pero hay que convenir también en que si hubiera un solo hombre que hubiese recibido de la naturaleza un cuerpo sano y robusto, una razón recta y un corazón honesto, dicho hombre tendría mucho que agradecerle a su autor. Ahora bien, hay ciertamente muchos hombres a quienes la naturaleza les hizo esos dones: por lo menos ellos deben ver a Dios como un benefactor.

En cuanto a aquellos a quienes el concurso de las leyes eternas, establecidas por el Ser de seres, ha hecho desdichados, ¿qué podemos hacer, sino socorrerlos? ¿Qué podemos decirles, sino que no sabemos por qué son desdichados?

El mal inunda la tierra. ¿Qué inferiremos de ello con nuestros débiles razonamientos? ¿Qué no hay Dios? Nos ha demostrado que existe. ¿Diremos que Dios es malo? Esta idea es absurda, horrible, contradictoria. ¿Sospecharemos que Dios es impotente y que quien organizó tan bien todos los astros no pudo organizar a todos los hombres? Esta suposición no es menos intolerable. ¿Diremos que hay un principio maligno que altera las obras de un principio benefactor o que produce obras execrables? ¿Y por qué ese principio maligno no estorba el curso del resto de la naturaleza? ¿Por qué se encarnizaría en atormentar a unos débiles animales sobre un globo tan endeble, mientras que respeta las otras obras de su enemigo? ¿Cómo es que no ataca a Dios en los millones de mundos que giran regularmente en el espacio? ¿Cómo dos dioses enemigos uno del otro pueden ser igualmente el Ser necesario? ¿Cómo podrían subsistir juntos?

¿Tomaremos entonces el partido del optimismo? No es, en el fondo, sino el de una fatalidad desesperante. Lord Shaftesbury, uno de los más osados filósofos de Inglaterra, fue el primero en acreditar este triste sistema. "Las leyes del poder central y de la vegetación", dice, "no cambian por amor a un esmirriado y

débil animal que, pese a estar protegido por esas mismas leyes, pronto será reducido por ellas a polvo"[5].

El ilustre lord Bolingbroke fue mucho más lejos, y el célebre Pope se atrevió a repetir que el bien general está compuesto de todos los males particulares[6].

La mera exposición de esta paradoja demuestra su falsedad. Sería igualmente razonable decir que la vida es el resultado de un número infinito de muertes, que el placer está formado por todos los dolores y que la virtud es la suma de todos los crímenes.

El mal físico y el mal moral son, sin duda, efecto de la constitución de este mundo; y no podría ser de otro modo. Cuando se dice que todo está bien, no quiere decirse sino que todo sucede con arreglo a leyes físicas. Pero seguramente no todo está bien para la muchedumbre innumerable de seres que sufren y de seres que hacen sufrir a los demás. Todos los moralistas lo confiesan en sus discursos; todos los hombres lo gritan en los males de que son víctimas.

A los desdichados que son víctimas de la persecución y de la calumnia, que expiran entre tormentos, ¿que execrable alivio pretenderíais darles si les dijerais: *todo está bien; no debéis esperar nada mejor*?[7] Son palabras que les dirigiríais sólo a quienes supusierais eternamente culpables y necesariamente condenados de antemano al suplicio eterno.

El estoico[8] a quien se le atribuye haber dicho en un violento acceso de gota: *no, la gota no es para nada un mal*, era menos absurdamente orgulloso que los presuntos filósofos que en la pobreza, en la persecución, en el desprecio, en todos los horrores de la vida más miserable, tienen la vanidad de gritar: todo está bien.

---

[5] Voltaire cita de la compilación de las obras de Shaftesbury, *Characteristics of Men, Manners, Opinions, Times*, en particular, la "Investigación sobre el mérito y la virtud", obra que, posteriormente, fue traducida al francés por Diderot.

[6] Pope, en su *Ensayo sobre el hombre*, II y IV. Voltaire dice "repetir": la idea original está en Bernard de Mandeville, *La fábula de las abejas, o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, obra que fue traducida al francés por Madame du Châtelet.

[7] Esta proposición es una de las más debatidas en la filosofía del siglo XVIII. La afirmación original de Leibniz está en *Discurso de metafísica*, 6 a 9, *Ensayos de teodicea*, 6 a 8 y *Principios sobre la Naturaleza y la Gracia*, 10; en Alexander Pope, *op. cit.*, I, y Voltaire dedica dos obras al tema, *Cándido* y el *Poema sobre el desastre de Lisboa*, además de una entrada en el *Diccionario filosófico*.

[8] Posidonio de Apamea. Voltaire toma la anécdota de Cicerón, *Discusiones tusculanas*, II, XXV.

Deseémosles resignación, llegada la última hora, ya que fingen no querer compasión. Pero es un delirio deplorable que al sufrir, y al ver sufrir a casi toda la Tierra, digan: todo está bien; no hay ninguna esperanza de nada mejor.

¿Supondremos entonces que un Ser supremo necesariamente bueno deja la Tierra en manos de un subalterno que la asuela, de un carcelero que nos tortura? Sería convertir a Dios en un tirano cobarde que, al no atreverse a cometer el mal por sí mismo, hace que sus esclavos lo cometan continuamente.

¿Qué partido, por consiguiente, podemos tomar? ¿Por qué no el que abrazaron todos los sabios de la antigüedad en la India, en Caldea, en Egipto, en Grecia, en Roma? ¿El de creer que Dios nos hará pasar de esta vida desdichada a una mejor, en la que se desarrollará nuestra naturaleza? Pues, al fin y al cabo, está claro que ya hemos experimentado diferentes clases de existencia. Éramos antes de que una nueva ensambladura de órganos nos contuviera en la matriz; nuestro ser durante nueve meses fue muy diferente de lo que era antes; la infancia no se asemejó para nada al embrión; la edad madura no tuvo nada de la infancia; la muerte puede darnos una manera diferente de existir.

No es más que una esperanza, me gritan otros desdichados que tienen sensaciones y que razonan; nos remitís a la caja de Pandora; el mal es real y la esperanza puede no ser sino una ilusión; el infortunio y el crimen sitian la vida que tenemos, y nos habláis de una vida que no tenemos, que tal vez no tendremos y de la que no tenemos la menor idea. No hay ninguna relación de lo que somos ahora con lo que éramos en el seno de nuestras madres; ¿qué relación podríamos tener en el sepulcro con nuestra existencia presente?

Los judíos, que según decís fueron guiados por Dios mismo, no conocieron jamás esa otra vida. Decís que Dios les dio leyes, y en esas leyes no se encuentra una sola palabra que anuncie penas y recompensas para después de la muerte. Cesad entonces de ofrecer un consuelo quimérico a calamidades harto reales.

Hermanos, no respondamos todavía como cristianos a estas objeciones dolorosas; aún no es tiempo. Empecemos por refutarlas con los sabios, antes de vencerlas con el socorro de aquéllos que están por encima de los mismos sabios.

Ignoramos qué piensa en nosotros y, por consiguiente, no podemos saber si ese ser desconocido sobrevivirá a nuestro cuerpo. Físicamente puede ser que haya en nosotros una mónada indestructible[9], una llama escondida, una partícula del fuego divino que subsiste eternamente bajo apariencias diversas. No diré que esté demostrado; pero, sin querer engañar a los hombres, se puede decir que tenemos tantas razones para creer en la inmortalidad del ser que piensa como para negarla. Si antaño los judíos no la conocieron, hoy la admiten. Todas las naciones civilizadas están de acuerdo en este punto. Esa opinión tan antigua y tan general es quizá la única que justifica a la Providencia. Hay que reconocer un Dios remunerador y vengador, o no reconocerlo en absoluto. No parece haber nada en medio; o no hay Dios, o Dios es justo[10]. Nosotros, de inteligencia tan limitada, tenemos una idea de la justicia; ¿cómo podría no estar la justicia en la inteligencia suprema? Percibimos cuán absurdo sería decir que Dios es ignorante, que es débil, que es mentiroso: ¿nos atreveríamos a decir que es cruel? Más valdría atenerse a la necesidad fatal de las cosas; más valdría no admitir sino un destino invencible, que admitir un Dios que hubiera hecho una sola creatura para hacerla desdichada.

Se me dice que la justicia de Dios no es la nuestra. Es tanto como decirme que la igualdad de dos veces dos y cuatro no es la misma para Dios y para mí. Lo verdadero lo es tanto a mis ojos como a los suyos. Todas las proposiciones matemáticas son demostrables tanto para el ser finito como para el ser infinito. No hay en ellas dos clases de verdad. La única diferencia es probablemente que la inteligencia suprema comprende todas las verdades a la vez y que nosotros nos arrastramos a pasos lentos hacia algunas de ellas. Si no hay dos clases de verdad en una proposición, ¿por qué habría dos clases de justicia en la misma acción? No podemos comprender la justicia de Dios sino por la

---

[9] Aunque Voltaire conocía bien la obra de Leibniz, en este caso parece referirse a la mónada de la que hablan san Agustín, Hipólito y, en particular, san Atanasio, *De decretis*, VI, y que se identifica con el alma que, según los estoicos, es de naturaleza ígnea.

[10] Es argumento central del deísmo (o teísmo). La crítica de Voltaire contra la predestinación del luteranismo y el calvinismo se sostiene en dos puntos: Dios castiga y premia, y la acción eficaz de la Providencia: ambas contradicen la posibilidad de un destino prefijado. Véase *Diccionario filosófico*, "Teísta".

idea que tenemos de la justicia. Conocemos lo justo y lo injusto en calidad de seres pensantes. Dios infinitamente pensante debe ser infinitamente justo.

Veamos por lo menos, hermanos, cuán útil es esta creencia, cuánto nos interesa grabarla en todos los corazones.

Ninguna sociedad puede subsistir sin recompensa y sin castigo. Esta verdad es tan perceptible y tan reconocida que incluso los antiguos judíos admitían, por lo menos, penas temporales. "Si no oyeres la voz de Jehová tu Dios", dice su ley, "hará que se te pegue mortandad... dará por lluvia a tu tierra polvo y ceniza... te herirá de la plaga de Egipto, y con almorranas, y con sarna... te desposarás con mujer, y otro varón dormirá con ella"[11], etcétera.

Estas maldiciones podían retener en el deber a un pueblo basto. Pero podía ocurrir también que un hombre culpable de los mayores crímenes no tuviera sarna y no languideciera en absoluto con la plaga de Egipto. Salomón se tornó idólatra y en ninguna parte se dice que fuera castigado por alguno de esos azotes. Es bien sabido que la tierra está cubierta de malhechores dichosos y de inocentes oprimidos. De ahí que se recurriera necesariamente a la teología de las naciones más numerosas y más civilizadas, que mucho tiempo antes habían fundado su religión sobre la base de penas y recompensas, para desarrollar la naturaleza humana con miras a la probabilidad de una vida nueva.

Parecería que esta doctrina es un grito de la naturaleza que todos los pueblos antiguos habían escuchado y que sólo brevemente se ahogó entre los judíos, para resonar en seguida con toda su fuerza.

En todos los pueblos que hacen uso de su razón, hay opiniones universales que parecen impresas por el amo de nuestros corazones. Tal es la convicción en la existencia de un Dios y de su justicia misericordiosa; tales son los primeros principios de la moral, comunes a los chinos, a los indios y a los romanos

---

[11] Deuteronomio, 28, 20-30. Las citas y referencias bíblicas provienen de la Santa Biblia en la antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602) y cotejada posteriormente con diversas traducciones y con los textos en hebreo y griego, con otras revisiones de 1862 y 1909. En ciertos pasajes ha sido necesario adaptar alguna palabra o frase de Voltaire, para que la glosa corresponda fielmente al texto de las Escrituras. (*N. del T.*)

y que nunca han variado, mientras que nuestro globo ha sido trastornado mil veces.

Estos principios son necesarios a la conservación de la especie humana. Quitad a los hombres la opinión de un Dios vengador y remunerador: entonces Sila y Mario se bañarán con delectación en la sangre de sus conciudadanos; Augusto, Antonio y Lépido superarán los furores de Sila[12]; Nerón ordenará a sangre fría el asesinato de su madre[13]. Es cierto que la doctrina de un Dios vengador se había extinguido entonces entre los romanos; el ateísmo dominaba, y no sería difícil probar con apoyo en la historia que algunas veces el ateísmo puede causar tantos males como las supersticiones más bárbaras.

¿Pensáis, en efecto, que Alejandro VI reconocía a un Dios cuando, para engrandecer al hijo de su incesto[14], empleaba por turnos la traición, la fuerza abierta, el estilete, la soga, el veneno; y que insultando además la supersticiosa debilidad de sus víctimas, les daba la absolución y las indulgencias en medio de las convulsiones de la muerte? Ciertamente insultaba a la Divinidad, de la que se burlaba, cuando ejercía sobre los hombres esas barbaries espantosas. Confesemos todos, al leer la historia de ese monstruo y de su abominable hijo, que deseamos que sean castigados. La idea de un Dios vengador es, pues, necesaria.

Es posible, y sucede con harta frecuencia, que la idea de la justicia divina baste a frenar el arrebato de una pasión. En ese momento uno está como ebrio; los remordimientos sólo sobrevienen cuando la razón recupera sus derechos, pero finalmente atormentan al culpable. El ateo puede sentir, en lugar de remordimiento, el horror secreto y sombrío que acompaña a los grandes crímenes. La situación de su alma es importuna y cruel; un hombre manchado de sangre ya no es sensible a las delicadezas de la sociedad; su alma, ahora atroz, es incapaz de

---

[12] En 82 a. de C., tras la batalla de Porta Collina, Sila derrota a Mario, toma entre tres y cuatro mil prisioneros y los hace ejecutar a cuchillo en la villa pública del Campo de Marte.

Tras la muerte de Julio César, Antonio, Lépido y Augusto constituyen un triunvirato que se disuelve en una guerra civil, y Augusto se alza como emperador único.

[13] Nerón ordena el asesinato de Agripina, su madre, en 59 a. de C.

[14] Lucrecia Borgia, hija de Alejandro VI y Vanozza Catanel, tuvo un hijo cuya paternidad se adjudica al mismo Alejandro VI. Véase, *Diccionario filosófico*, artículo "Fe".

gozar los consuelos de la vida; se abochorna, furioso, pero no se arrepiente. No teme en absoluto que se le pidan cuentas de las presas que ha destrozado; será malvado siempre; se endurecerá en sus ferocidades. Por el contrario, el hombre que cree en Dios recobrará la razón. El primero es un monstruo para toda su vida; el segundo no habrá sido bárbaro más que un momento. ¿Por qué? Porque uno tiene un freno y el otro no tiene nada que lo sujete.

No leemos en ninguna parte que el arzobispo Trolle[15], que mandó degollar a su vista a todos los magistrados de Estocolmo, se haya dignado siquiera fingir que expiaba sus crímenes con la menor penitencia. El ateo taimado, ingrato, calumniador, bandido, sanguinario razona y actúa consecuentemente, si está seguro de su impunidad por parte de los hombres. Pues si no hay Dios, este monstruo es su propio Dios; se inmola en su propio altar todo lo que desea o todo lo que le opone un obstáculo. Ni las súplicas más tiernas ni los mejores razonamientos tienen más poder sobre él que sobre un lobo hambriento de carnicería.

Cuando el papa Sixto IV mandó asesinar a los dos Médecis en la iglesia de la Reparada en el momento en que se elevaba a los ojos del pueblo el Dios que ese pueblo adoraba, Sixto IV, tranquilo en su palacio, no tenía nada que temer, ora la conjuración alcanzara el éxito, ora fracasara; estaba seguro de que los florentinos no se atreverían a vengarse, que los excomulgaría con plena libertad y que le pedirían perdón de rodillas por haberse atrevido a quejarse[16].

Es muy verosímil que el ateísmo haya sido la filosofía de todos los hombres poderosos cuyas vidas transcurrieron en el círculo de crímenes que los imbéciles llaman política, golpe de Estado, arte de gobernar[17].

---

[15] Gustav Eriksson Trolle, arzobispo de Suecia.

[16] Los dos Médici: Julián, que murió, y Lorenzo, que sobrevivió al atentado urdido por Sixto IV en confabulación con miembros de la familia Pazzi, rival de los Médici. La señal acordada para el asesinato era el momento de la elevación de la hostia, en la consagración.

[17] "Cuando se ve a un papa, un arzobispo y un sacerdote meditar tal crimen, y elegir para su ejecución el momento en que su Dios se muestra en el templo, no se puede dudar del ateísmo que reinaba entonces. Es indudable que si hubiesen creído que su Creador se les aparecía, bajo la especie del pan sagrado, no hubieran osado insultarle de tal modo". (*Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, CV).

Nunca me convencerán de que cierto cardenal[18], ministro célebre, creía actuar en presencia de Dios cuando hizo condenar a muerte a uno de los grandes hombres del Estado por doce asesinos en toga, esclavos a sueldo suyo, en su propia casa de campo y mientras él se hundía en la disolución con sus cortesanas, al lado del apartamento donde sus lacayos, adornados con el nombre de jueces, amenazaban con la tortura a un mariscal de Francia cuya muerte saboreaba de antemano.

Algunos de ustedes, hermanos, me han preguntado si cierto príncipe judío[19] tenía una noción verdadera de la Divinidad cuando, en artículo de muerte, en vez de pedirle a Dios perdón por sus adulterios, por sus homicidios, por sus crueldades innúmeras, persistió en la sed de sangre y en el furor atroz de sus venganzas; cuando, con su boca a punto de cerrarse para siempre, le recomendó a su sucesor que mandara asesinar al anciano Semeí, su ministro[20], y a su general Joab.

Confieso con vosotros que esa acción, cuya apología intentó en vano san Ambrosio[21], es quizá la más horrible que pueda leerse en los anales de las naciones. La hora de la muerte es para todos los hombres la hora del arrepentimiento y de la clemencia. Querer vengarse al morir y no atreverse; encargarle a otro, con las últimas palabras, que sea un infame asesino, es el colmo de la cobardía y del furor reunidos.

No examinaré aquí si esa historia indignante es verdadera, ni en qué época se escribió. No discutiré con vosotros si hay que ver las crónicas de los judíos con los mismos ojos con que se leen los mandamientos de su ley; si fue erróneo, en épocas de ignorancia y de superstición, confundir lo que era sagrado para los judíos con sus libros profanos. Las leyes de Numa fueron sagradas para los romanos y sus historiadores no lo fueron. Pero

---

[18] Richelieu, que mandó aprehender al mariscal Marillac, lo detuvo en su propia casa de campo y lo hizo condenar por un jurado espurio. Dice Voltaire: "Está expresamente prohibido por las leyes del reino detener un prisionero en una casa particular, pero no existían leyes para la venganza y para la autoridad. No fueron menos violadas en este proceso las de la Iglesia que las del Estado y las del decoro" (*Ibid.* CLXXVI).

[19] David. Véase el articulo del mismo titulo en el *Diccionario filosófico*.

[20] Reyes, II, 5-6, 8-9.

[21] En *Sobre los deberes del clero*, II, VII, san Ambrosio dice que las instrucciones que David le da a Salomón –es decir, cobrar venganza de Joab y Semeí– se deben a que David "estaba ansioso porque no quedara impune la muerte de un inocente" y que, "actuando de esta manera, David atraía sobre sí la ira divina" y no sobre su pueblo.

¿qué nos importa que un judío fuera bárbaro hasta su último instante? ¿Somos judíos? ¿Qué relación tienen con nosotros los absurdos y los horrores de ese pobre pueblo? Se han registrado crímenes en casi todos los pueblos del mundo. ¿Qué debemos hacer? Detestarlos y adorar al Dios que los condena.

Se admite que los judíos creyeron que Dios era corpóreo. ¿Es razón para que tengamos esa idea del Ser supremo?

Si es cierto que creyeron en un Dios corpóreo, no es menos claro que reconocían a un Dios formador del universo.

Mucho tiempo antes de llegar a Palestina, los fenicios tenían a su Dios único Yaho, nombre que para ellos era sagrado y que lo fue después para los egipcios y para los hebreos. Éstos daban al Ser supremo un nombre más común: Él. Este nombre era originalmente caldeo. De ahí que la ciudad que nosotros llamamos Babilonia se llamara Babel, la puerta de Dios. De ahí que el pueblo hebreo, cuando tiempo más tarde se estableció en Palestina, adoptara el sobrenombre de Israel, que significa "viendo a Dios", según nos lo enseña Filón en su *Tratado de las recompensas y de los castigos,* y nos lo dice el historiador Josefo en su *Respuesta a Apiano*[22].

Los egipcios reconocieron a un Dios supremo pese a todas sus supersticiones; lo llamaban Knef[23] y lo representaban con la forma de un globo.

El viejo Zerdustio, que nosotros llamamos Zoroastro, no hablaba en sus enseñanzas sino de un solo Dios, al que estaba subordinado el principio maligno. Los indios, que se jactan de ser la sociedad más antigua del universo, conservan todavía sus viejos libros que pretenden haber escrito hace cuatro mil ochocientos sesenta y seis años. Dicen que el ángel Brahma o Habrama, enviado de Dios, ministro del Ser supremo, dictó esos libros en lengua sánscrita. Uno de ellos se llama *Shastabad*[24] y

---

[22] Filón de Alejandría, *De Praemiis et Poenis*, VII, 44. Flavio Josefo, *Respuesta a Apiano*, II, V.

[23] Voltaire se refiere tal vez a Khnum o Khnemu, dios creador que presidía las crecidas del Nilo. O a Khen, personificación del principio generador y dispensador de la fertilidad. (*N. del T.)*

[24] Voltaire toma el nombre Shastabad, o Shasta, del manuscrito, previo a la impresión, de J. Z. Holweil, *Interesting Historical Events Relative to the Provinces of Bengal and the Empire of Indostan*, Londres, 1766. Este libro ofrece una traducción comentada del código de Manú (Manava-Dharma-Sasta), que es en realidad posterior a los Vedas.

es mucho más viejo que los mismos *Vedas*[25], que son desde hace tanto tiempo los libros sagrados a orillas del Ganges.

Esos volúmenes, que son la ley de todas las sectas de brahmanes, así como el Yajur Veda[26] que es el comienzo de los Vedas, hablan sólo de un Dios único.

Quiso el cielo que uno de nuestros compatriotas[27], que residió treinta años en Bengala y que sabe perfectamente la lengua de los antiguos brahmanes, nos entregara un extracto de ese *Shastabad* escrito mil años antes de los *Vedas*. Esta dividido en cinco capítulos. El primero trata de Dios y de sus atributos y empieza así: "Dios es uno; formó todo lo que es; es semejante a una esfera perfecta sin fin ni comienzo. Gobierna todo con sabiduría general. No buscarás su esencia y su naturaleza, pues sería una empresa vana y criminal. Que te baste con admirar día y noche sus obras, su sabiduría, su poder, su bondad. Sé feliz adorándolo".

El segundo capítulo trata de la creación de las inteligencias celestes.

El tercero, de la caída de esos dioses secundarios.

El cuarto, de su castigo.

El quinto, de la clemencia de Dios.

Los chinos, cuyas historias y ritos dan testimonio de una antigüedad muy distante, aunque menor que la de los indios, siempre han adorado al T'ien[28], al Shang-ti[29], a la Virtud celeste. Todos sus libros de moral, todos los edictos de los emperadores, recomiendan congraciarse con el T'ien, con el Shang-ti, y merecer sus beneficios.

Confucio no estableció una religión entre los chinos, como alegan los ignorantes. Mucho tiempo antes de él, los emperadores iban al templo cuatro veces al año a ofrendar al Shang-ti los frutos de la tierra.

Veis así que todos los pueblos civilizados, indios, chinos, egipcios, persas, caldeos, fenicios, reconocieron a un Dios supre-

---

[25] Voltaire emplea la palabra *Veidam*, en aparente latín y en singular. (*N. del T.*)
[26] *Ezour-Veda*, en el original. (*N. del T.*)
[27] Holweil era inglés; Voltaire probablemente lo llame compatriota, primero, por sus propias simpatías por los ingleses y, segundo, porque estas homilías están dirigidas aun público londinense.
[28] *Tien* en el original. (*N. del T.*)
[29] *Chang-ti* en el original. Para ambas referencias del chino, véase Voltaire, *Filosofía de la historia*, XVIII. (*N. del T.*)

mo. No negaré que en estas naciones tan antiguas haya habido ateos; sé que hay muchos en China; los vemos en Turquía; los hay en nuestra patria y en todas las naciones de Europa. Pero, ¿por qué su error quebrantaría nuestra creencia? ¿Acaso las percepciones erróneas de todos los filósofos acerca de la luz nos impiden creer firmemente en los descubrimientos de Newton acerca de este elemento incomprensible? ¿La mala física de los griegos y sus ridículos sofismas destruyen en nosotros la ciencia intuitiva que nos da la física experimental?

Hubo ateos en todos los pueblos conocidos. Pero dudo mucho de que ese ateísmo haya sido una persuasión plena, una convicción luminosa, en la que el espíritu descansa sin ninguna duda, como en una demostración geométrica. ¿No era mas bien una semipersuasión fortificada por el furor de una pasión violenta y por el orgullo, que usurpan el lugar de una convicción entera? Los falaris, los busiris (y los hay en todas las condiciones) se burlaban con razón de las fábulas de Cerbero y Euménides: veían con claridad que era ridículo imaginar que Teseo estaba eternamente sentado en un escabel y que un buitre desgarraba para siempre el hígado renaciente de Prometeo. Estas extravagancias, que deshonraban a la Divinidad, la anonadaban a sus ojos. Decían confusamente en su corazón: sólo nos han dicho inepcias acerca de la Divinidad; esa Divinidad no es, pues, sino una quimera. Pisoteaban una verdad consoladora y terrible, porque estaba rodeada de mentiras.

¡Desdichados teólogos escolásticos, que este ejemplo os enseñe a no anunciar a Dios ridículamente! Sois vosotros quienes, con vuestras simplezas, propagáis el ateísmo que combatís: sois vosotros quienes hacéis a los ateos de corte, a quienes les basta un argumento especioso para justificar cualquier horror. Pero si el torrente de los negocios y el de sus propias pasiones funestas les hubieran dado tiempo de explorar en su fuero interno, habrían dicho: las mentiras de los sacerdotes de Isis y de los sacerdotes de Cibeles deben irritarme sólo contra ellos, y no contra la Divinidad que ultrajan. Que el Flegetonte y el Cocito[30] no existan no le impide a Dios existir. Quiero despreciar las fá-

[30] El Flegetonte era un río de los infiernos, que se unía con el Cocito para formar el Aqueronte, es decir, el río que debían atravesar las almas para llegar al reino de los muertos. Véase, *Odisea*, Canto X.

bulas y adorar la verdad. No porque me hayan pintado a Dios como un tirano ridículo, dejaré de creerlo sabio y justo. No diré con Orfeo que las sombras de los hombres justos se pasean en los Campos Elíseos; no admitiré la metempsicosis con los fariseos, ni menos aún la aniquilación del alma con los saduceos. Reconoceré una providencia eterna, sin atreverme a adivinar cuáles sean los medios y los efectos de su misericordia y de su justicia. No abusaré de la razón que Dios me dio; creeré que hay vicio y virtud, como hay salud y enfermedad; y ya que un poder invisible cuya influencia siento continuamente me hizo un ser pensante y actuante, concluiré que mis pensamientos y mis acciones deben ser dignos del poder que me hizo nacer.

No neguemos que ha habido ateos virtuosos. La secta de Epicuro produjo gente muy honesta; confieso que el propio Epicuro era un hombre de bien. El instinto de la virtud, que consiste en un temperamento afable y alejado de toda violencia, bien puede subsistir con una filosofía errónea. Los epicúreos y los ateos más famosos de nuestra época, ocupados en los beneficios de la sociedad y del estudio, así como en el cuidado de poseer su alma en paz, fortificaron ese instinto que los lleva a no hacer nunca el mal, al renunciar a los negocios que perturban el alma y a la ambición que la pervierte. Hay leyes en la sociedad que se acatan más rigurosamente que las del Estado y la religión. Quienquiera que haya pagado los favores de sus amigos con una negra ingratitud, quienquiera que haya calumniado a un hombre honesto, quienquiera que se haya conducido con indecencia indignante, o que sea conocido por una avaricia sórdida e inmisericorde, no será castigado por las leyes, pero lo será por la sociedad de la gente honesta, que establecerá en su contra un decreto irrevocable de destierro: jamás volverá a acogerlo en su seno. Así pues, un ateo de costumbres afables y gratas, morigerado además por el freno que impone la sociedad de los hombres, bien puede llevar una vida inocente, dichosa, honrada. Se han visto ejemplos de siglo en siglo, desde el célebre Ático, amigo igualmente de César y de Cicerón, hasta el famoso magistrado Des Barraux que, luego de hacer esperar más tiempo de la cuenta a un litigante cuyo proceso dictaminaba, le pagó de su bolsa la suma de que se trataba.

Podría citarse otra vez al sofista geométrico Spinoza, cuyos moderación, desinterés y generosidad fueron dignos de Epicteto. Se me dirá que el célebre ateo Lamettrie era un hombre afable y grato en sociedad, honrado en vida y después de su muerte con las bondades de un gran rey[31] que, sin prestar atención a sus ideas filosóficas, recompensó sus virtudes. Pero llevad a estos afables y tranquilos ateos a la plaza pública; arrojadlos entre los facciosos; que tengan que combatir a un César Borgia o a un Cromweil o incluso a un cardenal de Retz; ¿pensáis que no se tornarán entonces tan malos como sus adversarios? Ved ante qué alternativa los ponéis; serán imbéciles si no son perversos. Sus enemigos los atacan con crímenes, es preciso que se defiendan con las mismas armas o que perezcan. Ciertamente sus principios no se opondrán a los asesinatos, a los envenenamientos, que les parezcan necesarios.

Está, pues, demostrado que el ateísmo puede cuando más dejar subsistir las virtudes sociales en la tranquila apatía de la vida privada, pero que debe conducir a todos los crímenes en las tormentas de la vida pública.

Una sociedad particular de ateos, que no se disputen para nada y que pierdan afablemente sus días en los entretenimientos de la voluptuosidad, puede durar cierto tiempo sin problemas. Pero si los ateos gobernaran el mundo, no sería mejor que si estuviéramos bajo el imperio inmediato de esos seres infernales que nos pintan encarnizados contra sus víctimas. En pocas palabras, los ateos en el poder serían tan funestos para el género humano como los supersticiosos. Entre esos dos monstruos, la razón nos tiende la mano, y ello será objeto de mi segundo discurso.

---

[31] Federico I de Prusia.

SEGUNDA HOMILÍA

De la superstición

Hermanos:

Harto sabéis que todas las naciones bien conocidas establecieron un culto público. Si desde el principio de los tiempos los hombres se congregaron para tratar de sus intereses, para comunicarse sus necesidades, era natural que esas congregaciones comenzaran con los testimonios de respeto y de amor que deben al autor de su vida. Se han comparado esos homenajes con los que rinden los niños a un padre y los súbditos a un soberano. Son imágenes demasiado débiles del culto a Dios: las relaciones de hombre a hombre no guardan ninguna proporción con la relación entre la creatura y el Ser supremo; el infinito las separa. Sería incluso blasfemo rendirle homenaje a Dios a imagen de un monarca. Un soberano de la tierra entera, si pudiera existir, si todos los hombres tuvieran la desdicha de que los subyugara un hombre, no sería en el fondo sino un gusano que mandara a otros gusanos y sería infinitamente menos aun ante la Divinidad. Y además, en las repúblicas, que son irrebatiblemente anteriores a cualquier monarquía, ¿cómo se habría concebido a Dios a imagen de un monarca? Si fuera preciso tener una imagen de Dios, la de un padre, por más defectuosa que sea, parecería quizá condecir mejor con nuestra debilidad.

Pero los emblemas de la Divinidad fueron una de las primeras fuentes de la superstición. Apenas hicimos a Dios a nuestra imagen, el culto divino se pervirtió. Una vez que se atrevió a representar a Dios con la figura de un hombre, nuestra miserable imaginación, que no se detiene nunca, le atribuyó todos los vicios de los hombres. Lo vimos como un amo poderoso y le achacamos todos los abusos del poder; celebramos que fuera orgulloso, celoso, colérico, vengativo, benefactor,

caprichoso, destructor implacable que despoja a unos para enriquecer a otros, sin más razón que su voluntad. Nuestras ideas van de lo más a lo menos próximo; no concebimos casi nada si no es por semejanza: así, cuando la tierra estaba cubierta de tiranos, vimos en Dios al primero de los tiranos. Fue todavía peor cuando la Divinidad se anunció con emblemas derivados de animales y de plantas. Dios se convirtió en buey, serpiente, cocodrilo, simio, gato y cordero que pastaba, silbaba, balaba, devoraba y era devorado.

La superstición fue tan horrible entre casi todas las naciones que, de no ser por ciertos monumentos que aún subsisten, no sería posible creer lo que se nos cuenta de ella. La historia del mundo es la historia del fanatismo.

Pero entre las supersticiones monstruosas que han cubierto la Tierra, ¿no las hubo inocentes? ¿No podríamos distinguir entre los venenos para los que se encontraron remedios y los venenos que conservaron su naturaleza mortífera? Si no me equivoco, este examen merece toda la atención de los espíritus razonables.

Este hombre hace el bien a sus hermanos, los hombres; ése destruye animales carniceros; aquél inventa artes por la fuerza de su ingenio. Se cree, por consiguiente, que Dios los favorece más que al vulgo, se imagina que son hijos de Dios; se hace de ellos semidioses después de su muerte, dioses secundarios. Se los propone al resto de los hombres no sólo como modelo, sino como objeto de culto. Quien adora a Hércules y a Perseo se esfuerza en imitarlos. En premio al ingenio y al valor se levantan altares. No veo en todo esto más que un error del que resulta el bien. En semejantes circunstancias, los hombres se engañan; pero en su propio provecho. Si los antiguos romanos hubieran elevado a la categoría de dioses secundarios solamente a Escipiones, a Titos, a Trajanos, a Marco Aurelios, ¿qué tendríamos que reprocharles?

El infinito media entre Dios y un hombre. Es cierto; pero si en el sistema de los antiguos se consideró el alma humana como una porción finita de la inteligencia infinita, que vuelve a sumergirse en el todo sin aumentarlo; si se supone que Dios habitó en el alma de Marco Aurelio; si esa alma en vida fue superior a las demás por su virtud, ¿por qué no suponer que sigue siendo superior una vez liberada de su cuerpo mortal?

Nuestros hermanos los católicos romanos (pues todos los hombres son nuestros hermanos) poblaron el cielo de semidioses que llaman santos. Si siempre hubieran sabido elegir, confesemos sin rodeos que su error habría prestado un servicio a la naturaleza humana. Les prodigamos injurias y desprecio cuando festejan a un tal Ignacio, caballero de la Virgen; a un tal Domingo, perseguidor; a un tal Francisco, fanático demente que anda desnudo, habla con las bestias, catequiza a un lobo y se hace una mujer de nieve. No le perdonamos a Jerónimo, traductor sapiente pero falible de libros judíos, que en su *Historia de los Padres del desierto* haya exigido nuestro respeto para un tal Pacomio que visitaba al prójimo montado en un cocodrilo. Sobre todo, nos llena de indignación ver que en Roma canonizaron a Gregorio VII, incendiario de Europa[32].

Pero no es así con el culto que se rinde en Francia al rey Luis IX, que fue justo y valeroso[33]. Y si es exagerado invocarlo, no lo es reverenciarlo; equivale solamente a decirles a los demás príncipes: imitad sus virtudes.

Voy más lejos: suponed que se coloca en una basílica la estatua de Enrique IV, que conquistó su reino con el valor de Alejandro y la clemencia de Tito, que fue bueno y compasivo, que supo elegir a los mejores ministros y fue su propio primer ministro; suponed que, pese a sus debilidades, se le rinden homenajes por encima del respeto que se debe a la memoria de los grandes hombres, ¿qué mal podría resultar de ello? Más valdría ciertamente arrodillarse ante él que ante la multitud de santos desconocidos cuyos nombres mismos se han convertido en objeto de oprobio y de ridículo. Sería una superstición, lo concedo,

[32] Gregorio VII, papa desde 1073 hasta 1085, fue canonizado en 1728. Durante su pontificado, el papado de Roma desconoce los nombramientos de dignidades eclesiásticas hechos por cualquier laico, inclusive emperadores, antaño acostumbrados a nombrar ellos a los obispos y cardenales. Con esto, Gregorio VII independiza a la Iglesia de los poderes seculares. La medida tomada por Roma desequilibra los poderes de Europa y comienza una era de guerras y batallas.

[33] Luis IX, San Luis, rey de Francia de 1226 a 1270, canonizado en 1297. Virtuoso, buen gobernante que supo distinguir entre el poder secular y el de la Iglesia. San Luis organizó y dirigió la séptima cruzada; su ejercito fue diezmado por la peste y, en 1250, San Luis cae prisionero del sultán Almohadán, quien lo libera tras el pago de un enorme rescate. En 1269, el rey decide participar en otra cruzada, pero muere cerca de Túnez, en 1270. Voltaire lo admira, sobre todo, por su dedicación a los pobres, su prudencia política y sus leyes innovadoras. Véase *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, LVIII.

pero una superstición innocua; un entusiasmo patriótico, y no un fanatismo pernicioso. Si el hombre nació para el error, deseémosle errores virtuosos.

La superstición que hay que desterrar del planeta es la que, al hacer de Dios un tirano, invita a los hombres a ser tiranos. El primero en decir que los réprobos deben causar horror puso el puñal en la mano de todos aquéllos que se atrevieron a creerse fieles; el primero en prohibir cualquier comunicación con aquéllos que no eran de su parecer hizo sonar la alarma de las guerras civiles en toda la tierra.

Creo en lo que parece imposible a mi razón; es decir, creo en lo que no creo: luego debo odiar a aquellos que se jactan de creer en un absurdo contrario al mío. Tal es la lógica de los supersticiosos o, más bien, tal es su execrable demencia. De nada vale adorar al Ser supremo, amarlo, servirlo, ser útil a los hombres; según ciertos individuos, es una falsa virtud que llaman *pecado espléndido*. Así, cuando se asumió el deber sagrado de discutir acerca de lo que no se puede entender, cuando se confundió la virtud con la pronunciación de algunas palabras inexplicables que todos quisieron explicar, los países cristianos se volvieron escenario de discordia y de matanza.

Me diréis que esa peste universal debe imputarse a la rabia de la ambición más que a la del fanatismo. Os responderé que somos deudores de una y otra. La sed de dominio abrevó en la sangre de los imbéciles. No aspiro en absoluto a curar a los hombres poderosos de la pasión furiosa de avallasar a los espíritus; es una enfermedad incurable. Cualquier hombre es susceptible de querer que los demás se apresuren a servirlo y, para que lo sirvan mejor, les hará creer, si puede, que su deber y su dicha consisten en ser sus esclavos. Id en busca de un hombre que goza de quince a dieciséis millones de rentas y tiene en Europa cuatrocientos o quinientos mil súbditos dispersos, que no le cuestan nada, sin contar sus guardias y su milicia; reprochadle que Cristo, de quien se dice vicario e imitador, vivió en la pobreza y en la humildad: os responderá que los tiempos han cambiado y, para probároslo, os condenará a perecer en las llamas. No habéis corregido ni a ese hombre, ni al cardenal de Lorena, posesor de siete obispados a la vez. ¿Qué hacer entonces? Dirigirse a los pueblos y hablarles. Por más

embrutecidos que estén, escuchan y abren los ojos a medias; se sacuden una parte del yugo más embrutecedor que jamás se haya cargado; se deshacen de algunos errores; recuperan un poco de su libertad, ese patrimonio o más bien esa esencia del hombre de que habían sido despojados. Si no se puede curar de la ambición a los poderosos, se puede curar a los pueblos de la superstición; se puede, hablando y escribiendo, hacer a los hombres más ilustrados y mejores.

Es muy fácil hacerles ver lo que han sufrido durante mil quinientos años. Pocas personas leen; pero todas pueden entender. Escuchad, pues, queridos hermanos, y ved las calamidades que agobiaron a las generaciones pasadas.

No bien los cristianos, que respiraban en libertad bajo Constantino, habían remojado sus manos en la sangre de la virtuosa Valeria, hija, mujer y madre de césares, y en la sangre de su hijo, el joven Candidiano, esperanza del imperio; no bien habían degollado al hijo del emperador Maximino, de ocho años de edad, y a su hija, de siete[34]; no bien esos hombres, supuestamente pacientes durante dos siglos, manifestaron así sus furores al comenzar el siglo IV, cuando la controversia dio a luz discordias civiles que, sucediéndose unas a otras sin tregua, agitan aún a Europa. ¿Cuáles son los objetos de estas querellas sanguinarias? Sutilezas, hermanos, de las que no se encuentra una sola palabra en los Evangelios. Se quiere saber si el Hijo es engendrado o hecho[35]; si es engendrado en el

[34] "En 313" *(Nota de Voltaire)*. La principal fuente de Voltaire es Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores* (hay una traducción española de R. Teja, en Gredos, Madrid, 1982). Valeria es hija de Diocleciano, esposa de Galeno y madre de Candidiano; fue decapitada en Tesalónica, por órdenes de Licinio, sucesor de Maximino Daya. Licinio hace ejecutar a los hijos de Maximino. El caos y confusión en la lucha de poderes termina con la unificación de Constantino en 324.

[35] Es referencia a las discusiones del Concilio de Nicea (325), auspiciado por Constantino, y cuyos trabajos culminaron en la formulación del Credo de Nicea y la expulsión de los arrianos. En particular, las causas de expulsión del arrianismo. Arrio de Alejandría sostenía la supremacía del Padre sobre el Hijo; el Hijo, sin embargo, no quedaba a nivel de las demás creaturas, en tanto que el Hijo es el *Logos* (Verbo), pero estaba supeditado al Padre. Antes del Concilio, el "símbolo de los apóstoles", o *Credo*, en su segunda cláusula, decía solamente: "Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor". El *Credo* niceno añadió: "...engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre" (el *homoousios*, en griego). La disputa volvió a surgir varias veces: en el siglo XVI con los Sozzini y, posteriormente, con el unitarismo inglés; desde entonces se le considera parte de las discusiones de todo racionalismo cristiano. Newton, Clarke y el mismo Voltaire escribieron al respecto.

tiempo o antes del tiempo; si es consustancial o semejante al Padre; si la *mónada de Dios*[36],como dice Atanasio, es trina en tres hipóstasis; si el Espíritu Santo es engendrado o procedente[37], o si procede del Padre sólo o del Padre y del Hijo; si Jesús tuvo dos voluntades o una, una o dos naturalezas, una o dos personas[38].

Así pues, desde la *consustancialidad* hasta la *transustanciación*[39], términos tan difíciles de pronunciar como de comprender, todo ha sido objeto de disputa y toda disputa ha hecho correr torrentes de sangre.

Bien sabéis cuánta hizo verter nuestra supersticiosa María[40], hija del tirano Enrique VIII y digna esposa del tirano español Felipe II. El trono de Carlos I se mudó en patíbulo y este rey pereció en el suplicio final, luego de que más de doscientos mil hombres fueran degollados por una liturgia[41].

Conocéis las guerras civiles de Francia. Una tropa de teólogos fanáticos, llamada la *Sorbona*, declara al rey Enrique III

---

[36] Véase nota 9.

[37] La famosa disputa por la cláusula *filioque* en la traducción, del griego al latín, del *Credo* niceno, en la sexta cláusula se afirma que el Espíritu Santo "procede del Padre y del Hijo (*filioque*)". En el texto griego original no aparece la expresión "y del Hijo". La inclusión de la frase es, todavía, causa de separación entre la Iglesia católica romana y la Iglesia ortodoxa oriental.
Voltaire, como la mayoría de los teístas y racionalistas cristianos, simplemente, deja de utilizar el concepto de Espíritu Santo, pero recurre a la idea de la Providencia.

[38] La herejía de Nestorio, patriarca de Constantinopla, en contra de san Cirilo, patriarca de Alejandría, durante el Concilio de Efeso (431). Nestorio afirmaba que en Cristo existían dos naturalezas completamente distintas: una divina y una humana; la Virgen, por lo tanto, había dado a luz al ungido (*Cristotokos*), pero no al Dios (*Theotokos*). El nestorianismo reaparece con algunas variantes entre los cátaros.

[39] Lutero negaba la *transustanciación*, es decir, la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo; él propone el concepto de *consustanciación*, que consiste en la coexistencia de las especies y el cuerpo místico. Voltaire se burla de esas sutilezas: "De este modo, en tanto que aquéllos a quienes llaman *papistas* comían a Dios sin pan, los luteranos comían pan con Dios. Poco después vinieron los calvinistas, que comieron el pan, pero que no comieron a Dios". (*Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, CXXVIII).

[40] María I, o María Tudor, conocida con el sobrenombre de *Bloody Mary* (María la Sangrienta) debido a los excesivos métodos que utilizó en su intento de restaurar el catolicismo romano en Inglaterra. Era hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, y fue esposa de Felipe II.

[41] Carlos I de Alemania y V de España mantuvo tres frentes de combate a lo largo de todo su reinado: Francia, los luteranos y los turcos; los dos últimos, por motivos primordialmente religiosos. En época de Voltaire estaba difundida la creencia de que Carlos V había muerto sumido en la locura.

depuesto de su trono y, de repente, un aprendiz de teólogo[42] lo asesina. Declara al gran Enrique IV, nuestro aliado, incapaz de reinar y veinticinco matones se suceden unos a otros, hasta que por fin, a la mera noticia de que el héroe se dispone a proteger a sus antiguos aliados contra los adherentes del papa, un monje bernardo[43], maestro de la escuela, hunde su cuchillo en el corazón del más valiente de los reyes y del mejor de los hombres[44], en medio de su capital, a los ojos de su pueblo y en los brazos de sus amigos; y por una contradicción inconcebible, su memoria es adorada para siempre y la tropa de la Sorbona, que lo proscribió, que lo excomulgó, que excomulgó a sus súbditos fieles y que no tiene derecho de excomulgar a nadie, subsiste aún para vergüenza de Francia.

Hermanos, no son los pueblos, no son los campesinos, los artesanos ignorantes y pacíficos, quienes elevaron esas querellas ridículas y funestas, fuentes de tantos horrores y de tantos parricidios. Desafortunadamente, no existe querella de que los teólogos no sean autores. Hombres alimentados con vuestro trabajo, en un dichoso bienestar, enriquecidos con vuestro sudor y vuestra miseria, combatieron para tener más partidarios y más esclavos; os inspiraron un fanatismo destructor, para ser vuestros amos; os volvieron supersticiosos, no para que temierais a Dios, sino para que los temierais.

El Evangelio no les dijo a Santiago y a Pedro, ni a Bartolomé: nadad en la opulencia, pavoneaos con los honores, andad rodeados de guardias. Tampoco les dijo: atribulad al mundo con vuestras preguntas incomprensibles. Jesús, hermanos, no esgrimió ninguna de esas preguntas. ¿Querríamos ser más teólogos que aquel en quien reconocemos a nuestro único amo? El mismo os dijo: todo consiste en amar a Dios y al prójimo; ¿y sin embargo buscaríais otra cosa?

---

[42] Jacques Clément, dominico. Véase *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones,* CLXXIII.

[43] Ravaillac. Véase *La Henriade, passim.*

[44] Es el tema del más ambicioso poema épico de Voltaire, La Henriade, que narra la "guerra de los tres Enriques" –*i.e.* Enrique III, de Valois, Enrique de Navarra y Enrique IV–, la victoria de Enrique IV hasta la promulgación del Edicto de Nantes, que otorgaba la libertad de culto para los hugonotes (protestantes franceses), y la muerte del rey.

¿Hay alguien entre vosotros? ¡Qué digo! ¿Hay alguien sobre la Tierra que pueda pensar que Dios lo juzgará en relación con puntos de teología y no con sus acciones?

¿Qué es una opinión teológica? Es una idea que puede ser verdadera o falsa, sin concernir a la moral. Es muy evidente que debéis ser virtuosos, ya sea que el Espíritu Santo proceda del Hijo por espiración o que proceda del Padre y del Hijo[45]. No es menos evidente que jamás comprenderéis ninguna proposición de esta especie. Jamás tendréis la mínima noción de cómo Jesús tenía dos naturalezas y dos voluntades en una persona. Si hubiera querido que os informarais de ello, os lo habría dicho. Escojo estos ejemplos entre cien posibles y dejo en silencio otras disputas, para no poner el dedo en llagas que sangran todavía.

Dios os dio el entendimiento; no puede querer que lo pervirtáis. ¿Cómo podría seros necesaria una proposición de la que jamás tendréis idea? Que Dios, que todo lo da, haya dado a un hombre más luces, más talento que a otro, se ve todos los días. Que haya escogido a un hombre para unirse más estrechamente a él que a otros hombres, que haya hecho de él un modelo de razón y de virtud, no repugna a nuestro sentido común. Nadie debe negar que a Dios le sea posible verter sus más bellos dones en una de sus obras. Podemos, pues, creer en Jesús, que enseñó la virtud y la practicó; pero no sea que derribemos el edificio al querer ir mucho más allá.

El supersticioso vierte veneno en los alimentos más saludables; es enemigo de sí mismo y de los hombres. Se creerá objeto de venganzas eternas si comió carne cierto día; piensa que un largo hábito gris, con un capuchón puntiagudo y una gran barba, le es mucho más agradable a Dios que una cara rasurada y una cabeza con todos sus cabellos; se imagina que su salvación está sujeta a fórmulas latinas que no entiende para nada. Educó a su hija en estos principios: ella se entierra en un calabozo en cuanto es núbil y traiciona a la posteridad con tal de complacer a Dios, más culpable para con el género humano que la india que se arroja a la hoguera de su marido luego de haberle dado hijos.

---

[45] Véase nota 38.

Anacoretas de las partes meridionales de Europa, condenados por vosotros mismos a una vida tan abyecta como espantosa, no os comparéis con los penitentes a orillas del Ganges: vuestras austeridades no se aproximan a sus suplicios voluntarios; y no penséis que Dios aprueba en vosotros lo mismo que según vosotros condena en ellos.

El supersticioso es su propio verdugo; lo es también de quienquiera que no piense como él. A la delación más infame le llama corrección fraterna; acusa a la ingenua inocencia que no está en guardia y que, en la simplicidad de su corazón, no ha sellado sus labios. La denuncia a los tiranos de las almas, que se ríen al mismo tiempo del acusado y del acusador.

Finalmente, el supersticioso se vuelve fanático, y entonces su celo es capaz de todos los crímenes en nombre del Señor.

Es cierto que ya no estamos en la época en que se degollaba a los padres y a los amigos, en que cien batallas campales cubrían la tierra de cadáveres por causa de algunos argumentos escolásticos. Pero de las cenizas de ese vasto incendio renacen todos los días algunas chispas. Los príncipes ya no marchan al combate a la voz de un sacerdote o de un monje, pero los ciudadanos se persiguen todavía en el seno de las ciudades y la vida privada se envenena a menudo con la peste de la superstición. ¿Qué diríais de una familia que estuviera siempre lista a pelear para adivinar de qué manera hay que saludar a su padre? Se trata de amarlo, hijos míos: lo saludaréis como podáis. ¿No sois hermanos sino para ser divididos y será preciso que lo que debe uniros sea siempre lo que os separa?

No conozco una sola guerra civil entre los turcos por la religión. ¡Qué digo! ¿Una guerra civil? La historia no ha registrado entre ellos ninguna sedición, ningún disturbio, ocasionados por la controversia. ¿Es porque al tener menos dogmas, tienen menos pretextos para disputar? ¿Es porque nacieron menos inquietos y más juiciosos que nosotros? No se informan de qué secta sois, siempre que paguéis un ligero tributo. Cristianos latinos, cristianos griegos, jacobitas, monotelitas, coptos, protestantes, reformados: a todos les dan la bienvenida, mientras que no hay tres naciones cristianas que ejerzan esa humanidad.

Al fin y al cabo, hermanos, Jesús no fue en absoluto supersticioso; no fue intolerante; se comunicaba con los samaritanos;

no profirió una sola palabra contra el culto de los romanos, de quienes estaba rodeada su patria. Imitemos su indulgencia y merezcamos que se la tenga para con nosotros.

No nos asuste cierto argumento bárbaro frecuentemente repetido. Helo aquí, según creo, en toda su fuerza:

> "Vosotros creéis que un hombre de bien puede alcanzar la gracia ante el Ser de seres, ante el Dios de justicia y de misericordia, sean cuales fueren la época, el lugar y la religión en que consumió su corta vida; y nosotros, por el contrario, creemos que no se puede complacer a Dios si no se nace entre nosotros o se aprende de nosotros: nos ha sido demostrado que somos en el mundo los únicos en tener razón. Aunque Dios vino al mundo y murió en el suplicio final por todos los hombres, sabemos sin embargo que no quiere tener piedad más que de nuestra pequeña asamblea y que, aun en esta asamblea, sólo unas cuantas personas podrán escapar al castigo eterno. Tomad, pues, el partido más seguro; entrad en nuestra pequeña asamblea y tratad de ser elegidos entre nosotros".

Agradezcamos a nuestros hermanos que nos hablen así; felicitémoslos por tener la certeza de que todo el universo está condenado, salvo por unos cuantos de ellos, y creamos que nuestra secta vale más que la suya por el solo hecho de ser más razonable y más compasiva. Quienquiera que me diga: *piensa como yo, o Dios te condenará*, me dirá muy pronto: *piensa como yo, o te asesinaré*. Roguemos a Dios que morigere esos corazones atroces y que inspire sentimientos fraternos a todos sus hijos. Henos aquí, en nuestra isla donde la secta episcopal domina desde Dover hasta el riachuelo de Tweed. Desde ahí hasta la última de las Oreadas goza de crédito el presbiterianismo y, bajo estas dos religiones reinantes, hay diez o doce más. Id a Italia y encontraréis en el trono al despotismo papista. Ya no es así en Francia; la tachan en Roma de semiherética. Pasad a Suiza, a Alemania: hoy dormís en una ciudad calvinista, mañana en una papista, pasado mañana en una luterana.

Continuad hasta Rusia y ya no veréis nada de esto. Es una secta completamente diferente. La corte es ilustrada, en verdad, por obra de una emperatriz filósofa. La augusta Catalina ha

puesto en el trono a la razón, así como a la magnificencia y a la generosidad; pero el pueblo de sus provincias todavía detesta igualmente a los luteranos que a los calvinistas y a los papistas. No quisiera ni comer con ninguno de ellos, ni beber del mismo vaso. Os pregunto, hermanos, ¿qué pasaría si en una asamblea de todos esos sectarios, cada cual se creyera autorizado por el espíritu divino a hacer triunfar su opinión? ¿No veis acaso las espadas desenvainadas, las horcas erigidas y las hogueras encendidas de un extremo al otro de Europa? ¿Quién tiene, pues, razón en ese caos de disputas? El tolerante, el que hace el bien. No digáis que al predicar la tolerancia, predicamos la indiferencia. No, hermanos; quien adora a Dios y hace el bien a los hombres no es en absoluto indiferente. Ese nombre le queda mucho mejor al supersticioso, que piensa que Dios lo recompensará por haber proferido fórmulas ininteligibles, mientras que de hecho es muy indiferente a la suerte de su hermano, a quien deja perecer sin socorro, o a quien abandona en la desgracia, o a quien adula en la prosperidad, o a quien persigue si es de otra secta y carece de apoyo y protección. Cuanto más se concentra el supersticioso en sus prácticas y creencias absurdas, tanto más indiferente es a los verdaderos deberes de la humanidad. Recordemos para siempre a uno de nuestros caritativos compatriotas. Acababa de fundar un hospital para ancianos, en su provincia; se le preguntó si era para papistas, luteranos, presbiterianos, cuáqueros, socinianos, anabaptistas, metodistas o menonitas. Respondió: "Para hombres".

¡Dios mío! Aparta de nosotros el error del ateísmo, que niega tu existencia; y líbranos de la superstición, que ultraja tu existencia y vuelve espantosa la nuestra.

TERCERA HOMILÍA

De la interpretación del Antiguo Testamento

Hermanos:

Los libros gobiernan al mundo, o por lo menos a todas las naciones que poseen el uso de la escritura; las demás no merecen que se las tenga en cuenta. El Zend-Avesta, atribuido al primer Zoroastro, fue la ley de los persas. Los Vedas y el Shastabad lo son todavía de los brahmanes. Los egipcios se rigieron por los libros de Toth[46], a quien se llamó el Primer Mercurio. El Alcorán o Corán gobierna hoy a África, Egipto, Arabia, la India, una parte de Tartaria, Persia entera, Escitia en el Quersoneso, Asia Menor, Siria, Tracia, Tesalia y toda Grecia hasta el estrecho que separa a Nápoles del Epiro. El Pentateuco gobierna a los judíos y, por una singular providencia, es hoy nuestra regla. Es nuestro deber leer esta obra divina, que es el fundamento de nuestra fe:

> "En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz. Y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena, y apartó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz *día* y a las tinieblas llamó *noche*, y fue la tarde y la mañana un día. Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión, y fue así. Y llamó Dios a la expansión *cielos*, y fue la tarde y la mañana el día segundo. Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca, y fue así", etcétera.

[46] *Thaut* en el original. (*N. del T.*) Dios egipcio de la sabiduría, inventor de las artes, el lenguaje y la escritura jeroglífica. Los griegos lo identificaron con Hermes.

Sabemos, hermanos, que Dios al hablarles así a los judíos, se dignó a proporcionarse a su inteligencia, aún vasta. Nadie ignora que nuestra tierra no es sino un punto en comparación con el espacio que llamamos impropiamente *cielo*, en donde brilla una prodigiosa cantidad de soles, alrededor de los cuales giran planetas muy superiores al nuestro. Se sabe que la luz no se hizo antes del día y que nuestra luz viene del sol. Se sabe que la *expansión* sólida entre las aguas superiores y las inferiores, expansión que otros llaman firmamento, es un error de la antigua física adoptada por los griegos. Pero como Dios les hablaba a los judíos, se dignaba rebajarse a hablar su lenguaje. Nadie ciertamente lo habría entendido en el desierto de Horeb, si hubiera dicho: "Puse el sol en el centro de vuestro mundo; el pequeño globo de la Tierra gira con los otros planetas alrededor de ese gran astro que ilumina a todos los planetas; y la luna gira durante un mes alrededor de la Tierra. Los demás astros que veis son otros tantos soles que presiden otros mundos", etcétera.

Es cierto que si el Geómetra eterno se hubiera expresado así, habría hablado dignamente, como un maestro que conoce su obra; pero ningún judío habría comprendido una palabra de aquellas sublimes verdades. Ese pueblo era tieso de cuello y duro de entendimiento. Fue preciso darle alimentos vastos a un pueblo vasto, que no podía nutrirse más que con tales alimentos. Parecería que el primer capítulo del Génesis fue una alegoría propuesta por el Espíritu Santo para que un día la explicaran aquéllos a quienes Dios se dignase llenar de sus luces. Es por lo menos la idea que tuvieron de él los judíos principales, pues estaba prohibido leer ese libro antes de los veinticinco años, con el fin de que el espíritu de los jóvenes, preparado por los maestros, pudiera leer la obra con más inteligencia y respeto.

Los doctores aducían, pues, que en sentido literal el Nilo, el Éufrates, el Tigris y el Araxes no tenían, en efecto, sus fuentes en el paraíso terrestre, sino que esos cuatro ríos que lo irrigaban significaban evidentemente cuatro virtudes necesarias para el hombre. Era visible, según ellos, que la mujer formada de la costilla del hombre era la alegoría más impresionante de la concordia inalterable que debe reinar en el matrimonio; y que las almas de los esposos deben estar unidas como sus

cuerpos. Es el símbolo de la paz y de la fidelidad que deben reinar en su sociedad.

Si hemos de creerles al mismo Filón y a varios Padres, la serpiente que sedujo a Eva, y que era *astuta más que todos los animales del campo*, es una expresión figurada que representa sensiblemente a nuestros deseos corrompidos. El uso de la palabra, que la Escritura le atribuye, es la voz de nuestras pasiones que les habla a nuestros corazones. Dios emplea la alegoría de la serpiente, que era muy común en todo el Oriente. Se la juzgaba sutil, porque se hurta con presteza a quienes la persiguen y porque se abalanza con destreza sobre quienes la atacan. Los egipcios cargaban una serpiente de plata en sus procesiones. Los fenicios, vecinos de los desiertos de los hebreos, tenían desde mucho tiempo atrás la fábula alegórica de una serpiente que les había hecho la guerra al hombre y a Dios. Finalmente, la serpiente que tentó a Eva fue reconocida como el diablo, que siempre quiere tentarnos y llevarnos a la perdición.

Es cierto que los judíos tardaron siglos en conocer la doctrina del diablo *caído del cielo* y enemistado con el género humano; pero el Divino autor, que sabía bien que algún día esa doctrina se difundiría, se había dignado sembrarla en los primeros capítulos del Génesis.

A decir verdad, no conocemos la historia de la caída de los ángeles malvados más que por estas contadas palabras de la Epístola de san Judas[47]: "...estrellas erráticas, a las cuales es reservada eternalmente la oscuridad de las tinieblas. De los cuales también profetizó Enoc, séptimo desde Adán". Se cree que esas estrellas erráticas son los ángeles transformados en demonios malhechores, con lo que se complementan las profecías de Enoc, séptimo varón después de Adán, que ya no conservamos. Pero sea cual fuere el laberinto en donde se pierden los sabios para explicar esas cosas incomprensibles, resulta siempre que debemos entender en un sentido edificante todo lo que no puede entenderse literalmente.

Los antiguos brahmanes, como ya dijimos, tenían una teología como ésta muchos siglos antes de que la nación judía

---

[47] Versículo 14.

existiera. Los antiguos persas le habían dado nombres al diablo mucho antes que los judíos. Y sabéis que en el Pentateuco no se encuentra el nombre de ningún ángel, bueno o malo. En los libros judíos no se conoció ni a Gabriel, ni a Rafael, ni a Satanás, ni a Asmodeo sino mucho tiempo después, cuando ese pobre pueblo había aprendido estos nombres durante su esclavitud en Babilonia. Todo lo cual prueba por lo menos que la doctrina de los seres celestes y de los seres infernales fue común a ciertas grandes naciones. Volveréis a encontrarla en el libro de *Job*, precioso monumento de la antigüedad. Job es un personaje árabe; y en árabe fue escrita su alegoría. En la traducción hebrea subsisten aún frases enteras árabes. Así tenemos, pues, que los indios, los persas, los árabes y los judíos, unos después de otros, admiten más o menos la misma teología. Ésta es, por consiguiente, digna de una gran atención.

Pero aún más digna es la moral que debe resultar de toda esa teología antigua. Los hombres, que no nacieron para ser asesinos, puesto que Dios no los armó como a los leones y a los tigres; que no nacieron para la impostura, puesto que todos aman necesariamente la verdad; que no nacieron para ser salteadores rapaces, puesto que Dios les dio lo mismo todos los frutos de la Tierra que los vellones de las ovejas; los hombres, que sin embargo se volvieron salteadores, perjuros y homicidas, son en realidad los ángeles transformados en demonios.

Hermanos, busquemos siempre en las Sagradas Escrituras, las enseñanzas morales y no las físicas. Que el ingenioso Calmet emplee su profunda sagacidad y su penetrante dialéctica para encontrar el lugar del paraíso terrestre; contentémonos con merecer, si podemos, el paraíso celeste, por la justicia, por la tolerancia, por la bondad.

"Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás de él, porque el día que de él comieres, morirás"[48].

Los intérpretes confiesan que jamás se ha conocido ningún árbol que diera ciencia. Adán no murió sin remedio el día que comió de él; vivió aún novecientos treinta años, según las Sagradas Escrituras. ¡Ay! ¡Qué son nueve siglos entre dos eternidades! Ni siquiera un minuto en el tiempo, y nuestros días pasan como

---

[48] Génesis, II, 17. *(Nota de Voltaire).*

la sombra. ¿Pero acaso esta alegoría no nos dice claramente que la ciencia mal entendida es capaz de perdernos? No cabe duda de que el árbol de la ciencia da frutos muy amargos, puesto que tantos sabios teólogos han sido perseguidos o perseguidores y que muchos de ellos han muerto de manera espantosa. ¡Ah! Hermanos, el Espíritu Santo quiso hacernos ver cuán peligrosa es una falsa ciencia, cuánto inflama al corazón y hasta qué punto puede ser absurdo un doctor.

San Agustín concluyó de ese pasaje que a todos los hombres se les imputa la desobediencia del primero[49]. Fue él quien desarrolló la doctrina del pecado original, ya sea que la mancha de ese pecado corrompa nuestros cuerpos, o bien que las almas al entrar en nuestros cuerpos abreven en ella un misterio absolutamente incomprensible, pero que nos advierte por lo menos que no hay que vivir en el crimen, aunque hayamos nacido en el crimen.

"Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo hiriese cualquiera que lo hallara"[50]. Hermanos, los Padres se han opuesto unos a otros sobre todo en este punto. La familia de Adán todavía no era numerosa; las Escrituras no le atribuyen otros hijos que Abel y Caín, en la época en que el primero fue asesinado por su hermano. ¿Cómo es que Dios está obligado a salvaguardar a Caín contra todos los que podrían castigarlo? Notemos solamente que Dios le perdona a Caín un fratricidio, sin duda luego de infligirle remordimientos. Aprovechemos esta lección; no condenemos a nuestros hermanos a los suplicios más espantosos por causas ligeras. Cuando Dios se digna ser indulgente con un asesinato abominable, imitemos al Dios de misericordia. Se nos objeta que Dios, al tiempo que perdona a un cruel asesino, condena para siempre a todos los hombres por la transgresión de Adán, que sólo era culpable de comer un fruto prohibido. A nuestra débil razón le parece que Dios es injusto al infamar eternamente a todos los hijos de este culpable, no para expiar un fratricidio, sino por una desobediencia que parece perdonable. Es, se nos dice, una contradicción intolerable que no puede admitirse en el Ser infinitamente bueno. Pero

---

[49] *De peccatorum meritis et remissione et de baptismo parvulorum.* I, 9-15.
[50] Génesis, IV, 15. *(Nota de Voltaire).*

la contradicción sólo es aparente. Dios, aunque nos entrega a nosotros, a nuestros padres y a nuestros hijos a las llamas, cuatro mil años después nos envía a Jesucristo para liberarnos y mantiene en vida a Caín para poblar la tierra; es así, en todo lo que hace, el Dios de justicia y de misericordia. San Agustín llamó "falta afortunada" a la falta de Adán; pero la de Caín fue aún más afortunada, porque el mismo Dios se encargó de ponerle una señal que era una marca de su protección.

"Una ventana le harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación"[51], etcétera. Llegamos así al mayor de los milagros, ante el cual es preciso que la razón se humille y que el corazón se rompa. Harto sabemos con cuánta audacia desdeñosa se elevan los incrédulos contra el prodigio de un diluvio universal.

En vano objetan que, en los años más lluviosos, no caen más de treinta pulgadas de agua sobre la Tierra cada año; que, aun en esos años, hay tantos terrenos que no recibieron lluvia en absoluto, cuantos hay que se inundaron; que la ley de la gravedad le impide al Océano rebasar sus límites; que, si cubriera la tierra, dejaría su lecho seco; que al cubrir la tierra, no podría sobrepasar en quince codos la cima de las montañas; que los animales que entraban en el arca no podían venir de América ni de las tierras australes; que siete parejas de animales puros y dos parejas de animales impuros de cada especie no habrían cabido ni siquiera en veinte arcas; que esas veinte arcas tampoco habrían podido contener todo el forraje que les hacía falta, no sólo durante diez meses, sino durante el año siguiente, año en el que la Tierra, demasiado embebida, no podía producir nada; que los animales voraces que se alimentan de carne habrían muerto a falta de alimento, que las ocho personas que estaban en el arca no habrían bastado para distribuirles a los animales su diario pasturaje. En resumen, los incrédulos no dejan de hablar de las dificultades. Pero todas las dificultades se desechan al hacerles ver que ese gran acontecimiento es un milagro, con lo que se acaba cualquier disputa.

"Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra" [52].

---

[51] *Ibid.*, VI, 16. *(Nota de Voltaire).*
[52] *Ibid.*, IX, 4. *(Nota de Voltaire).*

Los incrédulos alegan que se puede al mismo tiempo tener renombre y esparcirse. Preguntan si jamás los hombres pudieron ser tan insensatos como para querer edificar una torre que se elevara hasta el cielo. Dicen que esa torre se eleva sólo en el aire y que, si por aire se entiende cielo, estará necesariamente en el cielo, aunque no tenga sino veinte pies de altura; que si todos los hombres hablaban entonces la misma lengua, lo más sabio que podían hacer era reunirse en la misma ciudad y evitar la corrupción de su lenguaje. Todos estaban aparentemente en su patria, puesto que todos estaban de acuerdo para edificar ahí. Expulsarlos de su patria es tiránico; hacerlos hablar nuevas lenguas de repente es absurdo. Por consiguiente, dicen, no se puede contemplar la historia de la torre de Babel más que como un cuento oriental.

Respondo a esta blasfemia que ese milagro, escrito por un autor que refiere tantos otros milagros, debe creerse como los demás. Las obras de Dios no semejan en nada a las obras de los hombres. Los siglos de los patriarcas y de los profetas no deben nada a los siglos de los hombres ordinarios. Dios, que ya no baja a la Tierra, bajaba entonces a menudo para ver por sí mismo sus obras. Es la tradición de todas las grandes naciones antiguas. Los griegos, que sólo tuvieron conocimiento de los libros judíos mucho tiempo después de que fueran traducidos en Alejandría por los judíos helénicos; los griegos creían, antes de Homero y de Hesíodo, que el gran Zeus y todos los demás dioses bajaban del aire para visitar la tierra. ¿Qué fruto podemos extraer de esta idea generalmente establecida? Que estamos todavía en presencia de Dios y que no debemos permitirnos ninguna acción, ningún pensamiento, que no sean conformes a su justicia. En pocas palabras, la torre de Babel no es más extraordinaria que todo lo demás. El libro es igualmente auténtico en todas sus partes. No se puede negar un hecho sin negar todos los demás; hay que someter a la razón orgullosa, ora se lea esta historia como verídica, ora se la vea como un emblema.

"En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram diciendo: A tu simiente daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates"[53].

---

[53] *Ibid.*, XV, 18. *(Nota de Voltaire).*

Los incrédulos se regocijan al ver que los judíos nunca poseyeron más que una parte de lo que Dios les había prometido. Aun les parece injusto que el Señor les haya dado esa porción. Dicen que los judíos no tenían ningún derecho a ella; que un viaje realizado antaño por un caldeo a un país bárbaro no podía ser un pretexto legítimo para invadir ese pequeño país; que un hombre que hoy se dijera descendiente de san Patricio seria mal recibido si fuera a saquear Irlanda diciendo que actuaba por orden de Dios. Pero tengamos siempre en consideración cuánto han cambiado los tiempos; respetemos los libros de los judíos, cuidándonos de imitar jamás a ese pueblo. Dios ya no manda lo que mandaba antaño.

Se nos pregunta quién es ese Abraham y por qué se remonta el pueblo judío a un caldeo, hijo de un alfarero idólatra, que no tenía ninguna relación con la gente del país de Canaán ni podía entender su idioma. Ese caldeo va hasta Menfis con su mujer, encorvada por el peso de los años y sin embargo bella aún. ¿Por qué se traslada esa pareja de Menfis al desierto de Guerar? ¿Cómo es que hay un rey en ese horrible desierto? ¿Cómo es que el rey de Egipto y el rey de Guerar se enamoran ambos de la anciana esposa de Abraham?[54] No son más que dificultades históricas: lo esencial es obedecer a Dios. Las Sagradas Escrituras siempre nos presentan a Abraham sumiso sin reparos a la voluntad del Altísimo; tratemos de imitarlo más que de disputar.

"Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde", etcétera[55]. He aquí una piedra de escándalo para los examinadores que sólo escuchan a su razón. ¡Dos ángeles, es decir, dos creaturas espirituales, dos ministros celestes de Dios, que tienen un cuerpo terrestre y le inspiran deseos infames a toda una ciudad, incluyendo a los ancianos; un padre de familia que quiere prostituir a sus dos hijas para salvar el honor de esos dos ángeles; una ciudad mudada en lago por el fuego; una mujer metamorfoseada en estatua de sal; dos hijas que engañan y embriagan a su padre para cometer incesto con él, por temor, según ellas, de que su raza perezca, aunque podrían escoger entre todos los habitantes de la ciudad de Soar! Todos estos acontecimientos jun-

---

[54] Génesis, II, *passim*. La anciana esposa de Abraham es Sara (Saray).
[55] *Ibid*., XIX, entero." *(Nota de Voltaire).*

tos forman una imagen repugnante; pero, si somos razonables, convendremos con san Clemente de Alejandría[56], y con todos los Padres que lo siguieron, en que todo es aquí alegórico.

Recordemos que era la manera de escribir de todo el Oriente. Las parábolas se usaron durante tanto tiempo que el autor de toda verdad, cuando vino a la Tierra, les habló a los judíos sólo con parábolas.

Las parábolas componen toda la teología profana de la antigüedad. Saturno, que devora a sus hijos, es visiblemente el tiempo, que destruye sus propias obras. Minerva es la sabiduría; se forma en la cabeza del amo de los dioses. Las flechas del niño Cupido y su venda son sólo figuras harto sensibles. La caída de Faetón es un emblema admirable de los ambiciosos. Todo es alegoría en la teología pagana; todo lo es también en la historia sacra del pueblo judío. Los Padres distinguen todo lo que es puramente histórico, o puramente parábola, de lo que es mezcla de uno y otra. Concedo que es difícil andar por estos caminos escarpados. Pero siempre que aprendamos a conducirnos en el camino de la virtud, ¿qué importa el de la ciencia?

El crimen que Dios castigó en esa ocasión es horrible; que nos baste con ello. La mujer de Lot se muda en estatua por mirar a su espalda. Moderemos los arrebatos de nuestra curiosidad. En pocas palabras, que todas las historias de las Escrituras sirvan para hacernos mejores, aunque no nos hagan más ilustrados.

Hermanos, me parece que hay dos maneras de interpretar figuradamente y en sentido místico las Sagradas Escrituras. La primera, que es irrecusablemente la mejor, consiste en extraer de todos los hechos instrucciones para conducir la vida. Si Jacob le inflige una cruel injusticia a su hermano Esaú, si engaña a su suegro Labán, mantengamos la paz en nuestras familias y actuemos con justicia con nuestros padres. Si el patriarca Rubén deshonra el lecho de su padre Jacob, horroricémonos con ese incesto. Si el patriarca Judá comete un incesto aún más odioso con su nuera Tamar, sintamos aún más aversión por esas iniquidades. Cuando David rapta a la mujer de Urías y asesina a su marido; cuando Salomón asesina a su hermano; cuando casi

---

[56] San Clemente, en sus *Misceláneas*, explica varias veces que el uso del sentido alegórico es la forma principal para la lectura de los textos sagrados.

todos los reyezuelos judíos cometen asesinatos bárbaros, mejoremos por contraste nuestras costumbres leyendo esa secuencia espantosa de crímenes. Leamos, para resumir, toda la Biblia con esto en mente: inquieta a quien quiere ser sabio, consuela a quien no quiere ser más que hombre de bien.

La otra manera de desarrollar el sentido oculto de las Escrituras consiste en ver cada acontecimiento como un emblema histórico y físico. Es el método que emplearon san Clemente, el gran Orígenes, el respetable san Agustín y tantos otros Padres. Según ellos, el trapo rojo que la prostituta Rahab cuelga de su ventana es la sangre de Jesucristo. Moisés al extender los brazos anuncia el signo de la cruz. Judá al atar su borrico a la vid figura la entrada de Jesucristo en Jerusalén. San Agustín compara el *arca de Noé* con Jesús. San Ambrosio, en el séptimo libro de su *De Arca*, dice que la ventana de evacuación, practicada en el arca, significa la abertura por la cual arroja el hombre la parte vasta de los alimentos. Aun cuando todas estas explicaciones fueran verdaderas, ¿qué fruto podríamos extraer de ellas? ¿Serán los hombres más justos cuando sepan qué significa la ventana del arca? Este método de explicar las Sagradas Escrituras no es sino una sutileza del espíritu que puede ser nociva a la simplicidad del corazón.

Apartemos todos los objetos de disputa que dividen a las naciones y compenetrémonos con los sentimientos que las reúnen. La sumisión a Dios, la resignación, la justicia, la bondad, la compasión, la tolerancia: he aquí los grandes principios. ¡Ojalá y todos los teólogos de la Tierra pudieran vivir juntos como los comerciantes que, sin examinar en qué país nacieron ni qué prácticas se les inculcaron, observan entre ellos las reglas inviolables de la equidad, de la fidelidad, de la confianza recíproca! Gracias a estos principios, son los lazos entre todas las naciones. Pero quienes sólo conocen sus propias opiniones y condenan todas las demás, quienes creen que la luz sólo brilla para ellos y que el resto de los hombres está en tinieblas, quienes tienen escrúpulos para comunicarse con las religiones extranjeras, ¿no merecen acaso el título de enemigos del género humano?

No ocultaré que los hombres más sabios aseguran que el *Pentateuco* no es de Moisés. Newton, el gran Newton, único en descubrir el primer principio de la naturaleza, único en enten-

der la luz, genio asombroso que profundizó además en la historia antigua, le atribuye el Pentateuco a Samuel. Otros sabios respetables creen que fue redactado en tiempos de Oseas por el escriba Safán; otros más argumentan que su autor fue Esdras, al regresar del cautiverio. Todos concuerdan con ciertos judíos modernos en no creer que sea obra de Moisés. Esta gran objeción no es tan terrible como parece. Volveremos ciertamente al *Decálogo*, sea cual fuere la mano que lo escribió. Disputamos acerca de la fecha de varias leyes que unos le atribuyen a Eduardo III y otros, a Eduardo II; pero no dejamos de adoptar esas leyes, porque nos parecen justas y útiles. Aun cuando en el preámbulo haya hechos que se ponen en duda, si nuestros compatriotas rechazan esos hechos, no rechazan en cambio la ley que subsiste.

Distingamos siempre la historia del dogma y el dogma de la moral, esa moral eterna que todos los legisladores han enseñado y que todos los pueblos han recibido.

¡Oh moral santa! ¡Oh Dios que eres su creador! No te encerraré en los límites de una provincia; reinas sobre todos los seres pensantes y sensibles. Eres el Dios de Jacob; pero eres el Dios del universo.

No puedo terminar este discurso, queridos hermanos, sin hablaros de los profetas. Es uno de los grandes temas con respecto a los cuales nuestros enemigos creen abrumarnos. Dicen que, en la antigüedad, todo pueblo tenía sus profetas, sus adivinos, sus videntes; pero si los egipcios, por ejemplo, tenían antiguamente falsos profetas, ¿significa que los judíos no pudieron tenerlos verdaderos? Se alega que no tenían ninguna misión, ningún grado, ninguna autorización legal. Es cierto, pero, ¿no podían estar autorizados por Dios mismo? Se anatematizaban unos a otros; se tachaban recíprocamente de mentirosos e insensatos, y el profeta Sedecías[57] se atreve incluso a abofetear al profeta Miqueas en presencia del rey Josafat. No lo negamos. Los *Paralipómenos* refieren ese hecho; pero, ¿un ministerio es menos santo cuando los ministros lo deshonran? ¿Y nuestros sacerdotes no han hecho cosas cien veces peores que dar bofetadas?

Dios le ordena a Ezequiel comerse un libro de pergamino; untar excrementos humanos en su pan; dividir después sus ca-

[57] Reyes, XXII, 24.

bellos en tres partes y arrojar una de ellas al fuego; acostarse trescientos noventa días sobre el costado izquierdo y cuarenta sobre el derecho. Dios le manda expresamente al profeta Oseas que tome a una hembra de fornicación y tenga de ella hijos de fornicación. Dios quiere luego que Oseas se acueste con una mujer adúltera, por quince dracmas y un celemín y medio de cebada. Todos estos mandamientos de Dios escandalizan a los espíritus que se dicen sabios. Pero, ¿no serían acaso más sabios si vieran que se trata de alegorías, de tipos, de parábolas conformes a las costumbres de los israelitas; que no hay que pedirle cuentas ni a un pueblo de sus usos, ni a Dios de las órdenes que dio como consecuencia de esos usos recibidos?

Sin duda, Dios no pudo ordenarle a un profeta que fuera disoluto y adúltero; pero quiso dar a conocer que reprobaba los crímenes y adulterios de su pueblo querido. Si no leyéramos la Biblia con esto en mente, cada página nos llenaría ¡ay!, de repugnancia y de indignación.

Edifiquémonos con lo que escandaliza a los demás; extraigamos alimento saludable de lo que los envenena. Cuando el sentido propio y literal de un pasaje parezca conforme a nuestra razón, atengámonos a ese sentido natural. Cuando parezca contrario a la verdad, a las buenas costumbres, busquemos un sentido oculto en el cual la verdad y las buenas costumbres se concilien con las Sagradas Escrituras. Así hicieron todos los Padres de la Iglesia; así actuamos todos los días en el comercio de la vida. Interpretamos siempre favorablemente los discursos de nuestros amigos y de nuestros partidarios; ¿acaso deberíamos tratar con más dureza a los libros sagrados de los judíos, que son objeto de nuestra fe? Leamos, pues, los libros de los judíos para ser cristianos; y si no nos hacen más sabios, que sirvan por lo menos para hacernos mejores.

CUARTA HOMILÍA

De la interpretación del Nuevo Testamento

Hermanos:

En el Nuevo Testamento, como en el Antiguo, hay profundidades que no se pueden vislumbrar y sublimidades a donde la débil razón no puede acceder. No pretendo aquí ni conciliar los Evangelios, que algunas veces parecen contradecirse, ni explicar misterios que, porque son misterios, deben ser inexplicables. Que hombres más sabios que yo examinen si la Sagrada Familia se trasladó a Egipto después de la masacre de los niños de Belén, según san Mateo, o si se quedó en Judea, según san Lucas; que investiguen si el padre de José se llamaba Jacob, su abuelo Mathán, su bisabuelo Eleazar, o bien si su bisabuelo era Leví, su abuelo Mathat y su padre Elí; que dispongan, según sus luces, de ese árbol genealógico. Son estudios que respeto. Ignoro si ilustrarán mi espíritu, pero sé de sobra que no pueden hablarle a mi corazón. Ciencia no es virtud. El mismo Pablo, apóstol, dice en su primera Epístola a Timoteo que no hay que ocuparse en genealogías. No seremos gente de bien por saber precisamente quiénes eran los abuelos de José, en qué año vino Jesús al mundo y si Jacobo era su hermano o su primo hermano. ¿De qué nos servirá consultar todos los anales romanos que nos quedan, para ver si en efecto Augusto ordenó un censo de toda la Tierra cuando María estaba encinta de Jesús, Quirino era gobernador de Siria y Herodes reinaba aún en Judea? Quirino, a quien san Lucas llama Girino (según dicen los sabios), no fue gobernador de Siria sino diez años después. No era la época de Herodes; era la época de Arquelao, y Augusto nunca ordenó un censo del Imperio Romano.

Se nos grita que la Epístola a los Hebreos, atribuida a Pablo, no es de Pablo; que ni el Apocalipsis ni el Evangelio de Juan son

de Juan; que el primer capítulo de ese Evangelio es evidentemente de un griego platónico; que es imposible que ese libro sea de un judío; que un judío nunca le habría hecho pronunciar estas palabras a Jesús: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros"[58]. Ciertamente, se nos dice, ese mandamiento no era nuevo. Está enunciado expresamente en términos más enérgicos en las leyes del Levítico: "Amarás a Dios sobre todas las cosas, y amarás a tu prójimo como a ti mismo". Un hombre como Jesucristo, un hombre versado en las Escrituras que dejaba perplejos a los doctores a la edad de doce años, un hombre que hablaba siempre de la ley, no podía ignorar la ley; y su discípulo bienamado no puede haberle imputado un error tan palpable.

No nos turbemos, hermanos; tomemos en cuenta que Jesús hablaba un idioma poco inteligible para los griegos, compuesto del sirio y del fenicio; que sólo tenemos el Evangelio de san Juan en griego; que este Evangelio fue escrito más de cincuenta años después de la muerte de Jesús; que los copistas fácilmente pueden haber alterado el texto; que es más que probable que él texto dijera: "Un mandamiento que no es nuevo os doy", en vez de decir en efecto estas palabras: "Un mandamiento nuevo os doy". Así pues, volvamos a nuestro gran principio: si el precepto es bueno, nos corresponde seguirlo en cuanto podamos, ora Zoroastro haya sido el primero en enunciarlo, ora Moisés lo haya escrito, ora Jesús lo haya renovado.

¿Nos internaremos en las tinieblas más espesas de la antigüedad para ver si las tinieblas que cubrieron toda la Tierra después de la muerte de Jesús fueron un eclipse de sol en plenilunio; si un astrónomo llamado Flegón[59], de quien nada se conserva, habló de este fenómeno, o si algún otro observó jamás la estrella de los tres magos? Estas dificultades pueden ocupar a un anticuario; pero el tiempo precioso que consuma en desenmarañar ese caos no lo habrá empleado en buenas obras; tendrá más dudas que piedad. Hermanos, quien comparte su pan con el pobre vale más que quien ha comparado el texto hebreo con el griego y uno y otro con el samaritano.

---

[58] Juan, XIII, 34.

[59] De Flegón dan noticia Tertuliano, Eusebio, Julio Africano y, más ampliamente, Orígenes, *Contra Celso*, II, XXXIII.

Lo que no atañe sino a la historia engendra mil disputas; lo que concierne a nuestros deberes no admite ninguna. Jamás comprenderéis cómo el diablo llevó a Dios al desierto; cómo lo tentó durante cuarenta días; cómo lo transportó a lo alto de una colina desde donde se divisaban todos los reinos de la Tierra. El diablo, que le ofrece a Dios todos esos reinos siempre que Dios lo adore, repugnará a vuestro espíritu; buscaréis qué misterio se oculta bajo esas palabras y tantas otras; vuestro entendimiento se agotará en vano; cada palabra os sumirá en la incertidumbre y en la angustia de una curiosidad inquieta, que no puede satisfacerse. Pero si os limitáis a la moral, la tormenta se disipa y descansáis en el seno de la virtud.

Me atrevo a jactarme, hermanos, de que si los mayores enemigos de la religión cristiana nos oyeran en este templo apartado, donde el amor a la virtud nos reúne; si los lores Herbert, Shaftesbury, Bolingbroke; si los Tindal, los Toland, los Collins, los Whiston, los Trenchard, los Gordon, los Swift fueran testigos de nuestra afable e inocente simplicidad, les provocaríamos menos desprecio y horror. No cesan de reprocharnos un fanatismo absurdo. Pero no somos fanáticos en modo alguno, pues seguimos la religión de Jesús. El adoraba a un Dios y nosotros lo adoramos; despreciaba las ceremonias vanas y nosotros las despreciamos. Ningún Evangelio ha dicho que su madre fuera madre de Dios; ninguno ha dicho que él fuera consustancial a Dios, ni que tuviera dos naturalezas y dos voluntades en la misma persona, ni que el Espíritu Santo procediera del Padre y del Hijo. No encontraréis en ningún Evangelio que los discípulos de Jesús deban arrogarse el título de *Santo Padre*, de *milord*, de *monseñor*, que las rentas de un sacerdote domiciliado en Lambeth deban ser de doce mil piezas de oro, mientras que tantos campesinos útiles apenas tienen con qué sembrar los tres o cuatro acres de tierra que trabajan y que riegan con llanto. El Evangelio no les dijo a los obispos de Roma: fraguad una donación de Constantino[60] para apoderaros de la ciudad de los Esci-

[60] Voltaire se refiere al documento conocido como *Decreto de Graciano*, que tiene inserto el decreto apócrifo de Constantino. Conforme al decreto "y en agradecimiento a los buenos oficios del papa Silvestre, cuya intervención milagrosa lo había curado de la lepra, el emperador Constantino, lleno de admiración también por la fe cristiana en cuyo seno acababa de ser recibido a través del bautismo, concede al papa y a

piones y de los Césares, para atreveros a ser soberanos del reino de Nápoles[61]; ni a los obispos alemanes: aprovechad una época de anarquía para invadir la mitad de Alemania[62], Jesús fue un pobre que les predicó a los pobres. ¿Qué diríamos de los discípulos de Penn y de Fox[63], enemigos del fasto, enemigos de los honores, amantes de la paz, si anduvieran con una mitra de oro en la cabeza y rodeados de soldados; si robaran la subsistencia de los pueblos; si quisieran mandar sobre los reyes; si sus satélites, seguidos de verdugos, gritaran a voz en cuello: "Naciones imbéciles, creed en Fox y en Penn o expiraréis entre suplicios".

Sabéis mejor que yo cuan funesto contraste ha existido siglo tras siglo entre la humildad de Jesús y el orgullo de quienes se adornan con su nombre; entre la avaricia de éstos y su pobreza; entre el desenfreno de aquéllos y su castidad; entre su sumisión y la sanguinaria tiranía de quienes dicen imitarlo.

De todas las palabras de Jesús, hermanos, confieso que ningunas me han causado mayor impresión que las que le dijo a quien cometió la brutalidad de golpearlo antes de que lo condujeran al suplicio: "Si he hablado mal, da testimonio del mal; y si bien, ¿por qué me hieres?"[64]. Esto es lo que debería decírsele a todos los perseguidores. Si tengo una opinión diferente de la vuestra acerca de cosas que es imposible entender; si veo la misericordia de Dios en donde no queréis ver sino su poder; si dije que todos los discípulos de Dios eran iguales, cuando os creísteis autorizados a pisotearlos; si no he adorado más que a

---

los sucesores de éste, una serie larga de privilegios, potestades e insignias y, con ellas, el palacio lateranense y la soberanía sobre la porción occidental del Imperio". (Luis Weckmann, *Constantino el grande y Cristóbal Colón*. FCE, México, 1992, pp. 29-30). Y véase, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, X.

[61] En los tiempos de la iglesia dividida, tanto Clemente VII como Urbano VI se consideraban el papa y se excomulgaban recíprocamente. El reino de Nápoles pertenecía a la casa de Francia y era gobernado por Juana de Anjou. El papa de Aviñón, Urbano VI, se alía con Carlos Durazzo, deponen y asesinan a Juana de Anjou; posteriormente, Durazzo traiciona a Clemente y se desata una guerra civil en Nápoles y Roma. En 15 años (1389-1414) murieron al menos seis emperadores de Nápoles. Véase *Ibid*. LXIX a LXXII.

[62] Dice Voltaire: "Los obispos y abades en Alemania se convirtieron en príncipes, y los papas adquirieron poco a poco el dominio absoluto en Roma y en cien leguas a la redonda. Así Dios probó a su Iglesia con humillaciones, con sufrimientos, y con esplendor". *Diccionario filosófico*, "Cristianismo".

[63] Es decir los cuáqueros. Véase, *Cartas filosóficas*, 114.

[64] Juan, XVIII, 23.

Dios solo, en tanto que le disteis asociados; en resumen: si he hablado mal al no ser de vuestro parecer, dad testimonio del mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me llenáis de injurias y de oprobio? ¿Por qué me perseguís, me aherrojáis, me sometéis a la tortura y a las llamas, me insultáis aún después de mi muerte? ¡Ay! Si yo hubiera hablado mal, deberíais haberme compadecido e instruido. Estáis seguros de que sois infalibles, de que vuestra opinión es divina, de que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella, de que toda la Tierra abrazará un día vuestra opinión, de que reinaréis desde el monte Atlas hasta las islas del Japón. Entonces, ¿qué daño puede haceros mi opinión? ¡No me teméis y sin embargo me perseguís! ¡Me despreciáis y sin embargo me hacéis perecer!

¿Y qué se responde, hermanos, a estos modestos y poderosos reproches? Lo que le responde el lobo al cordero: "Enturbiaste el agua que bebo". Es así como los hombres se han tratado unos a otros, con el Evangelio y el hierro en la mano; predicando el desinterés y acumulando tesoros; anunciando la humildad y caminando sobre las cabezas de los príncipes prosternados; recomendando la misericordia y haciendo correr la sangre humana.

Si esos bárbaros encuentran en el Evangelio cualquier parábola cuyo sentido pueda desviarse en su favor con una interpretación fraudulenta, la transforman en un yunque sobre el cual forjan sus armas mortíferas.

Se habla de dos espadas que penden de un techo, y ellos se arman de cien espadas para golpear. Si se dice que un rey mató a sus animales cebados, forzó a los ciegos y a los lisiados a acudir a su festín y arrojó a quien no tuviera su hábito nupcial a las tinieblas exteriores, ¿es acaso una razón, hermanos, que les otorgue el derecho de encerraros en un calabozo como a ese comensal, de dislocaros los miembros con la tortura, de arrancaros los ojos para volveros ciegos como a quienes fueron arrastrados a ese festín, de mataros como ese rey mató a sus animales cebados? En tales equívocos, sin embargo, se han fundado con harta frecuencia para asolar gran parte de la Tierra.

Estas terribles palabras: "No vengo a traer la paz, sino la espada", han hecho morir a más cristianos que los que nunca inmoló la mera ambición.

Los judíos dispersos y desdichados se consuelan de su abyección al vernos siempre opuestos unos a otros desde los primeros días del cristianismo, siempre en guerra pública o secreta, perseguidos y perseguidores, opresores y oprimidos; ellos están unidos entre sí y se ríen de nuestras querellas eternas. Parecería que no nos hubiera ocupado más que el afán de vengarlos.

¡Míseros de nosotros! Insultamos a los paganos, y nunca han conocido nuestras querellas teológicas; nunca han vertido una gota de sangre para explicar un dogma; y nosotros hemos inundado la tierra con ella. Os diré sobre todo, en la amargura de mi corazón: Jesús fue perseguido; quienquiera que piense como él será perseguido como él. Pues, al fin y al cabo, ¿quién era Jesús a los ojos de los hombres, que ciertamente no podían sospechar su divinidad? Era un hombre de bien que, nacido en la pobreza, les hablaba a los pobres contra la superstición de los ricos fariseos y de los sacerdotes insolentes; era el Sócrates de Galilea. Sabéis que les dijo a los fariseos: "¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, mas tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque limpiáis lo que está fuera del vaso y del plato; mas de dentro estáis llenos de robo y de injusticia"[65].

A menudo los llama *sepulcros blanqueados, generación de víboras*. Eran, sin embargo, hombres imbuidos de dignidad. Se vengaron con el suplicio final. Arnaud de Brescia, Jan Hus y Jerónimo de Praga dijeron mucho menos de los pontífices de sus días y fueron supliciados también. Nunca ultrajéis la superstición dominante, si no sois bastante poderosos para resistirla o bastante hábiles para escapar a su persecución. Es cierto que la fábula de Nuestra Señora de Loreto[66] es más extravagante que todas las metamorfosis de Ovidio; estoy de acuerdo en que el milagro de san Genaro en Nápoles es más ridículo que el de Ignacia del que habla Horacio[67]; pero decid de viva voz en Ná-

---

[65] Mateo, XXIII, 24, 25.

[66] La tradición afirma que la casa de Loreto fue, en efecto, la "Santa Casa" en que vivió la Sagrada Familia en Nazaret. La leyenda cuenta que la casa fue convertida en iglesia por los apóstoles tras la Asunción de María; posteriormente, en 1291, fue transportada a Dalmacia para evitar que cayera en manos infieles, y en 1295 la casa fue llevada hasta su sitio actual. Dentro de la casa hay una escultura negra de la Virgen y el niño, atribuida a san Lucas.

[67] En Nápoles se conservan los restos de san Genaro y, entre ellos, una botella re-

poles o en Loreto lo que pensáis de esos absurdos y os costará la vida. No es así en las pocas naciones verdaderamente ilustradas: ahí el pueblo tiene sus errores, pero menos vastos; y el pueblo menos supersticioso es siempre el más tolerante.

Rechacemos, pues, toda superstición para volvernos más humanos. Pero al hablar contra el fanatismo, cuidémonos de ofender a los fanáticos: son enfermos delirantes que quieren golpear a sus médicos. Dulcifiquemos sus males, no los amarguemos nunca y vertamos gota a gota en su alma el bálsamo divino de la tolerancia, que rechazarían con horror si se lo ofreciéramos en una copa llena.

---

licario con su sangre seca; el milagro de san Genaro consiste en que, en ciertas fechas, la sangre seca se licúa.

El supuesto milagro de Ignacia, consiste en que Ignacia lograba, de modo repetido, hacerse complacer sexualmente por un hombre muy flaco y muy débil. (Horacio, *Epodos*, 12).

Homilías, de Voltaire, se terminó de imprimir en
enero de 2015 en los talleres de Amaquemecan.
La edición consta de 1000 ejemplares impresos sobre
papel *cultural* de 90 gramos; en su composición se
utilizaron tipos Berkeley Oldstyle de 10 y 14 puntos

Voltaire

Voltaire fue un filósofo rebelde y prematuro, que criticó severamente las acciones de las diferentes instituciones religiosas, en las que encontró cierta demagogia y prácticas que iban en contra de lo que él consideraba las verdaderas enseñanzas del cristianismo, lo que generó una relación con la Iglesia, aunque cercana, siempre tensa.

En sus *Homilías* expone cuatro temas: el ateísmo, la superstición, y la interpretación del Antiguo y Nuevo Testamento. En ellas se vislumbra, entre otras preocupaciones centrales en la obra del filósofo, un llamado a la tolerancia y al respeto que las distintas religiones deben practicar entre sí, para detener las guerras provocadas por las diferencias religiosas y el fanatismo.

Francisco Rebolledo

Narrador y ensayista. Estudió química en la UNAM y el posgrado en la División de Estudios Superiores de la FFyL de la UNAM. Su obra ha sido traducida al inglés, portugués, turco y griego. Premio Pegaso de Literatura para América Latina, 1994, y Premio *Critic's Choise Award*, 1995, E.U.A., por su novela *Rasero*. Actualmente, se desempeña como director de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma del Estado Morelos.

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Secretaría de Extensión
Rectoría 2012-2018
Difusión Cultural UAEM
ISBN: 978-607-8332-77-9
9 786078 332779